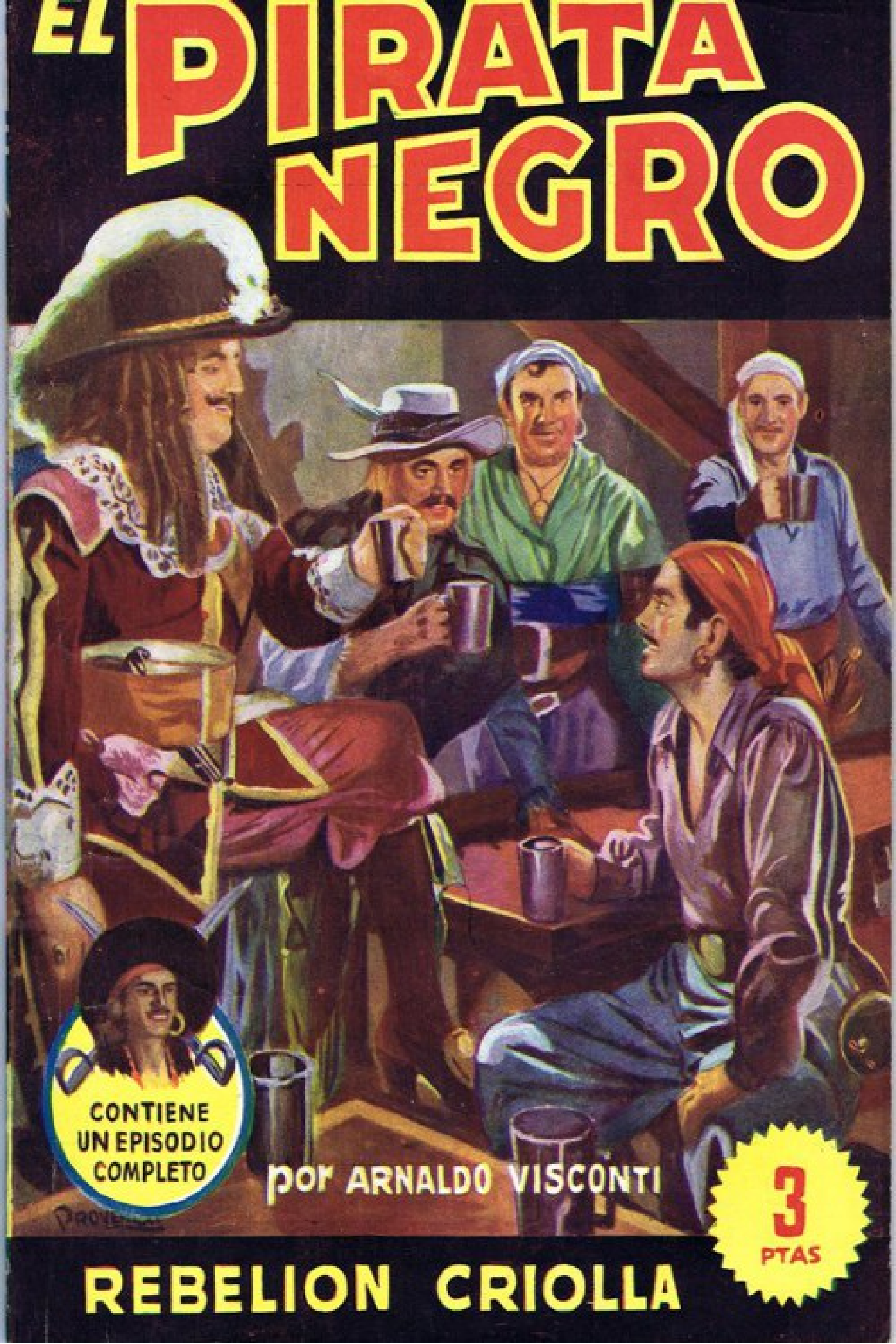
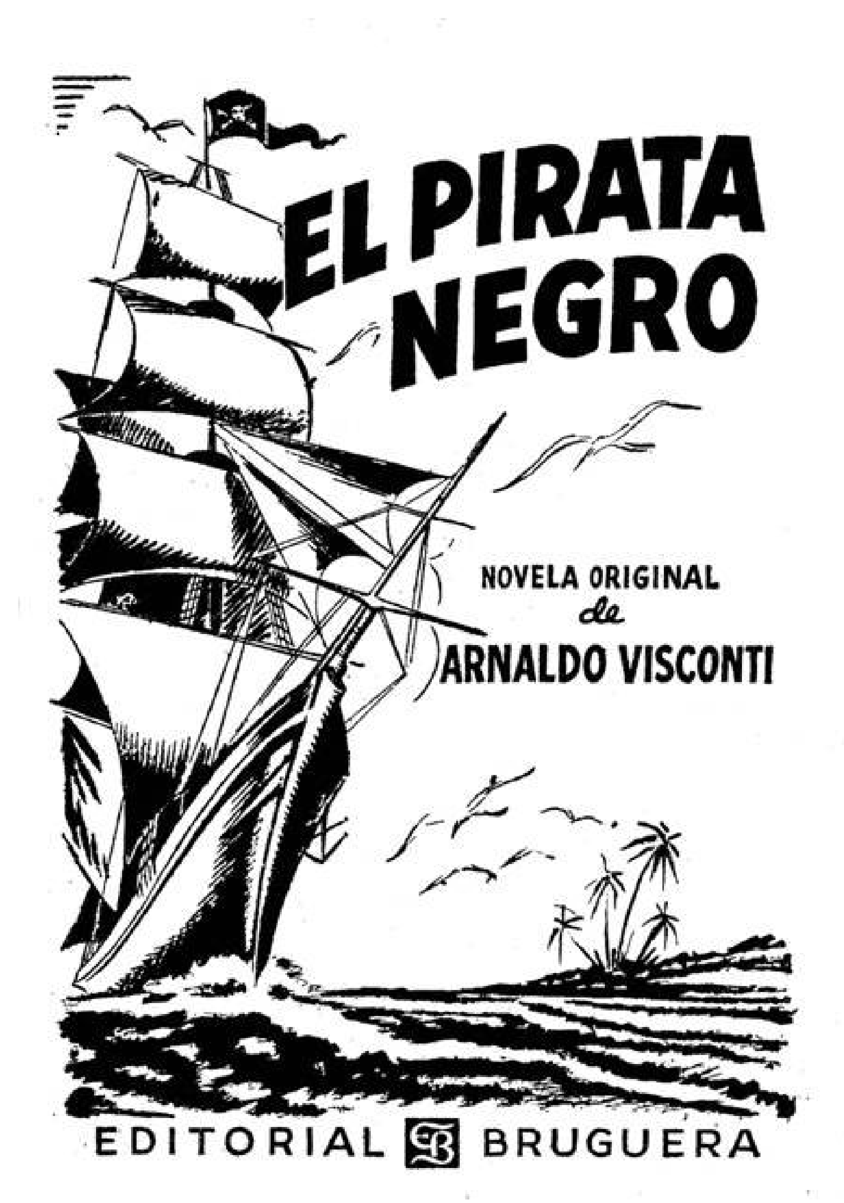

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
por ARNALDO VISCONTI
3 PTAS
REBELION CRIOLLA


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

# Rebelión criolla

**Colección El Pirata Negro n.° 49**

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
*BARCELONA*
*1948*


CONSPIRACION
CRIOLLA

# PROLOGO

**Cada época marca**

Mediaba febrero del año 1720. Por las calles de París, alegres grupos de mascarones agitábanse ruidosamente en zarabandas tanto más agitadas, cuanto que el frío era cortante.

El Carnaval licencioso permitía todas las licencias. Distintas eran las reacciones y las embriagueces, pero en un punto coincidían todos los que rendíais culto al dios Momo.

Bailoteos, saltos, carrerillas y danzas en ronda tenían el entusiasmo no sólo de la ficticia alegría, con que la máscara liberaba a las gentes del cotidiano vivir, sino también del ejercicio realizado con el fin de sentir menos el cierzo helado que soplaba por las calles.

Un grupo de máscaras bailoteó alrededor de una carroza de cerradas portezuelas; los cristales aparecían empañados por la estufilla que interiormente ardía, calentando el recoleto espacio sin viajeros, en contraste con el intenso frío callejero.

Los dos caballos estaban recubiertos por pesadas mantas que, bien cosidas, les abrigaban también la cabeza, de la que sólo sobresalían por sendos agujeros los ojos y las orejas.

—Juguemos a la adivinanza—propuso uno de los bailarines que en corro danzaban alrededor de la carroza, pataleando— ¿Estuche de favorita?

—¡Que no!—gritó otro—. Las favoritas sólo aman a los animales reales que les dan pienso. No se preocuparían del calor o frío de sus animalitos de verdad, quizá más sensatos que los que las favorecen.

—¿Carroza de comediante comodón? —sugirió una modistilla.

Uno de los caballos, molesto ya por el ruido, encabritóse... De la taberna ante cuya acera estaba la carroza, salió precipitadamente

un robusto sujeto de hosco semblante y largo látigo, que, lanzándose a las bridas tras derribar a uno de los bailarines, logró dominar a los dos caballos.

—¡Id con vuestro bullicio a otra parte!—gritó el cochero.

—No sin que antes nos digas a quién pertenece esa carroza. Sácanos de dudas, automedonte.

—¡Que hable el auriga!

—¿Conduces a Aquiles o a Afrodita?

—¡Id enhoramala!—replico adustamente el cochero—. Provinciano soy, al igual que mi dueño y no le conocéis.

—Huelo misteriosa cita de galán provinciano con honesta parisina. No seamos, pues, importunos, y facilitemos la confraternidad de la provincia con la capital.

Agitando sus campanillas y entonando refranes populares desapareció él grupo ruidoso, mientras el cochero, tras cerciorarse de que los dos caballos estaban ya calmados, regresó a la taberna, y tras el cristal de la ventana ocupó su mesa, frente al caliente brebaje de ron y limón.

Robert Charles, guardabosque del castillo de Civry, habíase brincado voluntariamente a conducir la carroza en que anualmente Diego Lucientes verificaba un viaje a París, siempre por la misma fecha: cuando los Carnavales transformaban la capital en un hervidero de alborotados bailes y festejos.

E invariablemente, al regreso, Diego Lucientes efectuaba varias paradas por el camino, para permitir que los estragos de la rápida bacanal en la que se sumergía por espacio de una semana desaparecieran de su semblante.

El misántropo Robert Charles había acumulado secretamente un áspero cariño, que no exteriorizaba, hacia el hombre que, dominando sus inclinaciones a la aventura y al mal vivir, habíase consagrado por entero durante ocho años al cuidado de su hija Gabrielle, la rebelde y díscola muchacha, encanto de cuantos la conocían a fondo.

Sólo tres personas podían jactarse por igual de conocer el carácter de Diego Lucientes y de su hija: una era Robert Charlas, que, salvo aquellas extemporáneas funciones de cochero, ejercía la función de colono del castillo.

Las otras dos eran, respectivamente, el notario de Angulema,

Honoré Fripon, y Etienne Laurent, ex preceptor de Mireille de Ferjus y, desde hacía ocho años, maestro de la pelirroja Gabrielle.

Púsose en pie Robert Charles al ver entrar tambaleándose a un alto sujeto vestido por entero con un largo dominó azul y cubierto el rostro por máscara verde.

Pero los rojos cabellos rizosos, en los que veíanse algunas hebras blancas, permitieron al colono identificar al que fue a sentarse ante él, exhalando un suspiro que levantó el fleco de la máscara.

—Siéntate, Robert. ¿Qué bebes?

—Grogg, señor.

—Infecta mezcla. Hola, rubicundo y rubicundo y suculento tabernero, sírveme champán borgoñés del que cosquillea las narices y hace navegar el seso por mares esponjosos donde todo es suave.

Alejóse presuroso el tabernero, y Diego Lucientes bajó hasta el cuello su larga máscara. Había pliegues en las comisuras de sus ojos vivaces y un rictus que parecía cincelado en su rostro, formaba dos arrugas diagonales uniendo los dos extremos de su afeitado labio superior con la base de la nariz levemente respingada, que siempre parecía olfatear nuevos horizontes.

Pero conservábase estallo y fuerte, porque desahogaba sus instintos cabalgando incesantemente por la campiña y espadeando de continuo con los dos maestros de armas que a su servicio tenía en el castillo de Civry.

—¡Repámpanos!… — sopló—, ¡Estoy muy en uvas, Robert!

—Último día de Carnaval, señor.

—Resaca y jugos revueltos. Respiro y sorbo vino. Soplo y la hez de barriles se aventa. Ya no me divierte tanto ser un pendón, Robert. Deseos tengo ya de volver al terruño, que así llamo donde vive mi muñeca. ¡Vade retro, Satanás!—exclamó, asiendo la botella que acababa de depositar en la mesa el tabernero—. Vanidad y futilidad de todo. Beberé para olvidar lo estúpido que es beber. Vivir para beber… Vivir para ver.

Apuró la copa de chispeante mosto, y chasqueó la lengua contra el paladar.

Miró a su alrededor, con mirada algo vaga.

—Vino, mujeres, juego, pelea… Ya no me atraéis… ¡Córcholis! Hermosa moza aquella que semeja aurora acompañada de fúnebre noche.

En una mesa algo apartada, dos mujeres, vestida la una enteramente de blanco y la otra de negro, dábanse aire con sendos abanicos.

Una de ellas llevaba la máscara recogida a medias, mostrando grandes ojos claros, frente tersa y pálida, y rubios cabellos alzados en corona.

La otra conservaba el antifaz y cubríase con la negra capucha.

La rubia, di verse objeto de la descarada atención de Diego Lucientes, frunció el entrecejo. El madrileño guiñó, mientras su diestra cubierta de manopla azul movía en el aire los dedos...

—Hermosa aurora, a fe mía. Es mi deber acercarme al sol y contemplarlo de más cerca.

Levantóse, mientras Robert Charles, encogiéndose de hombros, recordó que había pensado cuán extraño era que hasta entonces no hubiera surgido el incidente.

Ante la mesa de las dos desconocidas, Diego Lucientes hizo una vacilante reverencia.

—Dos damas esperando, dice poco a favor del afortunado que merece tal espera. Lecciones de galantería debería recibir!de vuestro servidor, señoras. ¿Me dais venia para sentarme?

—Ya te dije que era éste mal lugar para esperar—susurró la vestida de negro—. ¿Lo ves?.. Un borracho...

—A mucha honra, hermosa noche tapada. Vivir para beber, ¡nunca! pero beber para vivir, ¡siempre! Todo se embellece, sentimos el ánimo dispuesto a la bondad, el color rosa envuelve todos los contornos, y es muy dulce ser engañado antes que engañarse... ¿Puedo sentarme?

—Continuad vuestro camino, señor —dijo la rubia—. Nadie os llamó.

—Esa es la gracia. Si me hubierais llamado no habría venido, porque sé distinguir. No quiero alterar la armonía de dos jóvenes, Gracias, pero, recordando que es perder el tiempo pretender averiguar cuál es la causa que hace mudar el viento o una mujer, persisto, insisto y me incrusto, para ver el milagro de que la encantadora aurora sonrosada de enojos se convierta en sol riente, y la nublada, pero incitante noche, descubra el cendal y muestre el plateado semblante poético.

—En vena estáis—y sonrió la del rostro descubierto—. ¡No! ¡No

os sentéis! Si os he dirigido la palabra, es porque vuestras frases y vuestros modales delatan al caballero. Pero no os toméis confianzas que no concedemos.

—No es decoroso hablar con un desconocido—dijo la enmascarada.

—El decoro es ornamentación, bella noche.

—¿Qué sabéis vos si soy adefesio?

—Tenéis en la voz gozosa claridad de luna. Soy enemigo del sol porque es la linterna que avisa al pobre trabajador para que se levante y reanude la ingrata labor. Desde que aparece por Oriente empieza a recordar a cada uno sus obligaciones y miserias. En cambio... ¡Ah, la luna!—y Diego Lucientes sentóse—. Su gozosa claridad inspira alegría y humor.

—Y locura—dijo la enmascarada.

—También. La luna es el alma y la esencia de la poesía ripiosa y del amor y estoy seguro que no ha habido enamorado que no haya tributado elogios al rayo plateado que...

—Os habéis sentado sin autorización, caballero—reprochó la rubia, con altivez.

—No fui yo. Fueron mis piernas. Excusadlas. El espíritu es fuerte, pero la carne es muy flaca... Eso me recuerda que no sé todavía...

—No es decoroso—volvió a decir la del dominó negro, interrumpiéndole—. Idos o nos iremos, caballero. ¡Me lo temía! ¡Ya está él aquí! Pronto, caballero... Idos...

Diego Lucientes sonrió satisfecho... Volvió a medias la cabeza para ver al individuo que se acercaba, apoyada la diestra en la empuñadura de la espada, y seguido por dos lacayos.

—Presentadme, señoras, y así sabré con quién estoy y quién soy —dijo Lucientes, cuya diestra, sin embargo, descendió al cinto bajo el amplio dominó azul.

El recién llegado se detuvo ante la mesa, y, sin saludar, dejóse caer abatido en una silla entre las dos mujeres. Los lacayos se mantuvieron apartados unos pasos.

—No hay solución, amigas mías— murmuró—. Tengo que levantarme la tapa de los sesos.

—¿Para qué?..—solicitó Lucientes, sonriente—. Si es por curiosidad, yo os puedo evitar ese paso. Pensad que la mayor parte

de las veces se llevan chasco los que se levantan la tapadera. Luego se dan cuenta de que dentro, en vez de un cerebro, como suponían. sólo hay un espantoso vacío.

Sorprendido, el recién llegado miró a sus dos acompañantes.

—Es… el señor… el señor Marceaux —dijo rápidamente la rubia —. Galantemente se brindó a hacernos compañía mientras vos veníais.

—Os lo agradezco, señor Marceaux. Triste es el momento en que nos conocemos. Comprometí mi palabra… En fin, amigas mías—dijo, volviéndose a ellas—, todo ha sido en vano. Sólo tengo acreedores, y nadie en absoluto quiere prestarme crédito.

La enmascarada se puso en pie, imitada por la rubia.

—Sabéis dónde vivimos, mi buen Conneau. Adiós o hasta la vista.

El recién, llegado abatió el rostro encima de sus brazos cruzados sobre la mesa.

Diego Lucientes púsose en pie.

—Carroza y calor os puedo brindar, señoras. Un cochero inactivo agradecerá el ejercicio, y yo la amable honra de acompañaros.

Vaciló la rubia, pero la enmascarada dejó oír una risa.

—Aceptado, caballero.

—¡Cuidado, señor Marceaux!—clamó de pronto el que mostraba un afligido semblante—. Temedlas. Como a mí, os arruinarán… y después os abandonarán. Creedme. Todo París adora y teme a las hermanas Chaufeuses… Ellas fueron las que a la ruina me han conducido…

—Deplorable lamento, señor Conneau. Estamos en Carnaval; y todo está permitido. Llorad, pues, pero no os saltéis los sesos, porque el tabernero no llega hasta el prodigio de freír serrín.

Aguardó unos instantes Lucientes, pero, al no obtener respuesta, fue en pos de las que acercábanse ya a la puerta.

—¿Es ésta vuestra carroza, señor?— inquirió la enmascarada.

—No digo también vuestra… porque no quisiera que me tomarais la palabra, y los sosos después.

—Grosero!

—Mojigatas — sonrió Lucientes—. “No es decoroso”—dijo, remedando la voz de la enmascarada—. ¡Abour!— añadió cuando

las vio partir rápidamente calle abajo.

Lucientes volvió sobre sus pasos y sentóse frente a Robert Charles, que impasible había presenciado toda la escena.

—Creo que no he estado muy galante, Robert. Pero razón tenía mi abuelo cuando decía que si no queremos ser víctimas de las mujeres, debemos ser canallas. Es aquello, ¿sabes? Sé bueno, y te llamarán tonto. Malo, y te llamarán encanto. Paga la lección, pagando la cuenta, y vámonos. Tengo ansias de respirar praderas, campiñas y...

Resonó un pistoletazo... que atronó la taberna. Reuniéronse los concurrentes alrededor de los dos lacayos inclinados sobre la mesa, donde de bruces yacía el que acababa de suicidarse.

—No quiso hacerme caso—dijo nucientes, poniéndose en pie, mientras Robert Charles sacaba algunas monedas de la bolsa que administraba escrupulosamente—. Y yo tenía razón. Verán que sólo había vacío... Un vacío portentoso.

En el interior de la carroza arrellanóse Lucientes, bostezando.

—Proa a Civry, Robert. Sin etapas, que viandas y mosto llevamos..., y no he hecho demasiado el pendón. ¡Proa a Civry!

* * *

En el jardín del castillo de Civry estaba amaneciendo. El día era fresco, pero la abundante vegetación mitigaba la frialdad...

Una muchacha, de cabellos rubio rojizos, ojos azules y expresivos, y bello cuerpo de firme contextura ágil, avanzaba cautelosamente por entre unos rosales.

De pronto dio un salto prodigioso de elasticidad, y cayó montada a horcajadas sobre un mozalbete, al cual derribó al suelo.

Fue tan certero el ataque, que cuando el muchacho quiso defenderse se encontraba boca arriba, con las rodillas de ella presionando sus hombros, y una lluvia de puñetazos cayendo sobre su rostro.

Medio atontado, gimió, suplicante:

—¡Perdón, perdón ¡Me rindo!

Gabrielle Lucientes de Civry se puso en pie en otro salto que denotaba la ejercitada agilidad de su cuerpo, y blandió la fusta que extrajo de su ancho cinto de terciopelo.

—¡En pie, ladrón!

El aturdido mozo, cubierto de tierra húmeda, y sangrante el

rostro, se puso en pie, retrocediendo ante la fusta vibrante.

De pronto empezó a correr y desapareció saltando los setos.

Después, alguien sujetó a Gabrielle. Ésta forcejeó, pero al mirar las manoplas que rodeaban sus hombros adivinó la identidad del que permanecía tras ella.

—¡Viva! ¡Ya volvió mi vagabundo! —gritó ella, alborozada. Su boca era grande, bien dibujada, carnosa sin demasía, mostrando blancos dientes menudos.

Y, revolviéndose, se estrechó en abrazo febril contra el pecho de Diego Lucientes.

—Siempre que te vas, padre—murmuró sin mirarle—, tengo miedo de perderte... Y sería mi muerte.

—Hablemos de ti, fierecilla. Te he visto agazapada, como un salteador de caminos acechando a tu presa. Después, ¡repámpanos!... ¿Eso es lo que te enseñó el señor Laurent? ¿Para que te pelees como un marimacho te ha sido dada educación de princesa?

—No regañes, padre.

—Hora es de que estés en tu lecho, y no merodeando. ¿Eres acaso representante de la ley para acosar a puñadas a los ladronzuelos furtivos?

—Le llamé ladrón, pero no fue por eso por lo que le "aticé candela", padre.

—¡Horror de horrores! ¿Qué expresiones son esas?—fingió escandalizarse Lucientes, secretamente divertido.

—Sabes que son tuyas y sólo las empleo en privado contigo. Qué para los demás soy melosa y cultiparla. Verás, mi adorado diablo bueno: mientras este cobarde campesino robaba conejos con lazo, no me di por enterada. Pero ¿sabes qué crimen cometió ayer?

—¿Mordió al señor Laurent en la rabadilla?

—¡Peor! Puso cepos de hierro, y a media noche oí yo un pobre animalito chillar martirizado. Salí..., y bueno, pues va lo has visto, ¡repámpanos!

—Con lazo o cepo, todos van a la cazuela, señora justiciera. Pero, en fin, bien ha estado el vapuleo.—Y enlazando por el talle a su hija, Diego Lucientes emprendió el camino hacia el castillo de Civry. —Aunque tienes ya-catorce años, Gaby. Eres toda una mujer para andar peleando como una chiquilla.

—Al grano, mi tormento idolatrado. Consentí en aprender música, tocar el maldito clavicordio, arañar la condenada arpa...

—¡Ojillo con las palabrejas!

—Son de las que acarician la garganta, padre. Bien que lo sabes. Déjame desahogarme, que ante mi preceptor no puedo..., porque cuando lo intento se pone lívido y en trance do desmayo. Tú estás curado de espantos..., y, ¡córcholis!, ¿soy o no tu hija? Bueno, pues, como decíamos, soy como querías, una damisela remilgada que borda, lee latín, canta en español, baila esas bobas danzas acarameladas, y, en fin, es cumplida señorita. Cumplí con lo peor. ¿No puedo, pues, de vez en cuando, ir a lo mejor?

—Monta menos la yegua torda, ya que de lo mejor estamos hablando. Me dijo Crécy que rebrinca mucho y...

—¡Valiente “chivato”!—clamó ella, chispeantes los ojos— A este Crécy le voy yo a dar un susto cuando menos se lo piense.

—Hizo bien en advertirme. El muchacho es un buen maestro de armas, respetuoso y servicial...

—¡Servil! ¡Échalo! Hace cucamonas con las criadas, engañándolas.

—Francamente... Hay momentos en que me asustas, Gaby. Eres un barril de pólvora. Prefieres sudar la gota gorda batiéndote a espada con Crécy y Languedoc, o agotar caballos, a sentarte comedida tras los ventanales y leer buenos libros...

—...que hacen bostezar. No me engañes, ídolo. Tú te embelesas viendo.

—¡Líbreme yo de tal deseo! En fin, me mitad mujer y mitad hombre, nunca te he mentido. Cierto es que posees una adorable mezcla. Hubiese detestado una pedante damisela... Pero frena, ¿eh?

—Sólo contigo doy rienda suelta al potrillo.

—Y también con los que martirizan a los conejos.

—¿Qué tal se dio por París?—y alegremente rió Gaby—. Corramos un tupido velo, ¿no, fariseo?

—Hay cosas..., ¡ejem!...; en fin, más vale “no meneallo”.

—¿Por qué no te casas, padre? Dicen los libros que muy bonitos son los quereres cuando vienen...

—Y muy mal saben cuando se van. No me caso ni me casaré, por ahorrarte una pena. ¿Comprendes a lo que me refiero?

—Sí. Lloré mucho cuando murió mamá Rosa. Ya 110 volveré

nunca a llorar.

—¡Ojalá!... Pero hay otro peligro. También el antor hace llorar..., aunque, ¡mil diablos coronadas!... Se las entenderá conmigo el galán que ponga perlas de pena en las joyas azules de tus ojazos, cándidos cuando están en reposo y tan maliciosos cuando traman jugarreta.

—No te apures por los galanes—dijo ella con suficiencia—. ¿Para qué crees que tengo tanto empeño en manejar la espada, como tú mismo? Al que me atraviese el corazón y pretenda burlarse de mí, le atravieso yo el corazón con mi espada, y asunto concluido.

—¡Ojalá así pudiera todo arreglarse!...

—No seas nauseabundo y melancólico—sonrió ella, siempre empleando expresiones paternales.

—Cierra la boquita, cariño mío..., que en ciertos momentos tengo deseos de darte azotes cuando te oigo soltar palabrotas. Estamos ya pisando los umbrales de tu castillo. Conque, damisela, moderad el léxico.

—Soy vuestra esclava, mi señor padre—dijo ella, iniciando una reverencia de baile—. Si me prometes desayunar conmigo, prometo sentarme al clavicordio y arpegiar para ti la romanza del arlequín malherido. ¿O prefieres la balada de la pastora que lloraba un amor imposible?

En el umbral del pórtico, atrajo Lucientes hacia sí a su hija, y, cerrando los ojos, la besó en los cabellos.

—¡Repámpanos, Gaby! Eres perfecta. Eres mi razón de vivir. No merezco tener la dicha de que la vida haya sido tan benévola conmigo al concederme por hija la más deliciosa de las criaturas.

Ella, emocionada como siempre que veía emoción en Diego Lucientes, sonrió, femenina y sentimental.

—Padre... ¡Nunca me casaré! Para mí no hay más amor que el tuyo.

—No mezcles ni enmarañes, Gaby. Nuestro afecto y cariño es imperecedero, pero el diosecillo Cupido lanzará sus flechas... Y así debe ser, ¡repámpanos!..., o no serías digna hija mía...

—El tiempo dirá... ¡Uy, por mil diablos coronados! Perdón, padre, pero es que desde hace dos días tenemos un huésped en las caballerizas. Un tipo extraño, con aspecto de leguleyo, pero que parece estar privado del don de hablar en voz alta. Susurra... y me

susurró que trae carta para ti desde lejanas tierras.

—¿Desde lejanas tierras?..—meditó un instante tan sólo Lucientes. Y de pronto convirtióse en un torbellino, corriendo hacia las caballerizas.

Tras él, corriendo también con elástica ligereza, partió Gabrielle.

En un camastro improvisado para los eventuales jardineros dormía profundamente un hombre magro, vestido sobriamente.

Pero apenas cruzaba Lucientes el umbral, el durmiente abrió ojos almendrados, y, en pie, mostró una pistola... que rápidamente ocultó bajo la casaca al ver quién entraba.

—Salud y larga vida, señor Lucientes—susurró.

Dominando a duras penas su impaciencia, Lucientes aproximóse.

—¿Qué dijisteis, amigo?

—Salud y larga vida, señor Lucientes. ¿No me reconocéis?

—Barruntos tengo de haberos visto hace tiempo. ¿Quién sois? ¿De dónde venís? ¿De quién... de quién es la carta que me traéis?

—Soy Mariano Rodrigo, para serviros. Apodado "Susurro". Hombre a las órdenes y a vida o muerte cumplidor de lo que me manida mi jefe...

—¡Nuestro jefe!...—gritó, enajenado de alegría, Lucientes, interrumpiendo el susurro del pirata.

Pero súbitamente una expresión de temor se plasmó en el rostro del madrileño. Miró la carta que le tendía Mariano Rodrigo.

—¿No será... no será su última voluntad?

—¡Bien que no, señor Lucientes!... Que si muerto él estuviera, ¿cómo iba yo a estar en vida?

Nerviosamente, la mano zurda de hierro del pelirrojo palmoteó reciamente el hombro anguloso del pirata, mientras cogía con la diestra la carta lacrada.

—Me han gustado tus palabras, "Susurro".

—No hay mérito en ellas, señor Lucientes. Al igual que vos disteis el antebrazo izquierdo por el "Aquilón", lodos nosotros daríamos la vida gustosos si con ello más hubiera de vivir nuestro jefe.

—¿Es... es feliz? ¿Se casó... con la marquesa de Ferjus? ¿No hay... sombras en su vida?

—Veréis, señor Lucientes. Es feliz... y no es del todo feliz. Pero leed, y supongo que con mejores palabras nuestro jefe, que siempre

os recuerda y os cita, os explicará sus cuitas.

Diego Lucientes gruñó casi avergonzado, mientras caía sentado en el camastro:

—¡Córcholis! Estoy como la colegiala pudorosa... que lee a escondidas carta de su amor.

—El afecto entre dos nobles caballeros, señor Lucientes, produce emoción más pura que ese... baladí sentimiento llamado amor.

Rió Lucientes para encubrir su nerviosismo.

—Gran juez eres, Mariano Rodrigo. Déjame a solas. Entra en la choza y aguárdame en el salón que más asco te dé. Quisiera... leer a solas, ¿comprendes? He pasado ocho años sin saber de nuestro jefe.

Mariano Rodrigo volvió a saludar marcialmente y abandonó las caballerizas. Bajo la luz oscilante de la linterna colgada, leyó apresuradamente Diego Lucientes:

> “Ribera venezolana. Principios del año 172C.
>
> "Carlos Lezama saluda a Diego Lucientes.
>
> "Ocho años han pasado, don Diego Lucientes, y meses, desde que el Destino nos condenó a separarnos. ¿Me estás leyendo? Si por azar estuvieras criando malvas y comiéndolas por las raíces, entonces, señor notario, vos que estas líneas leeréis en defecto de mi amigo, no sonriáis demasiado si hay puerilidades.
>
> "Quiero creer que eres tú quien lees, “Medio-Brazo”. Tu mala cabeza, pendenciero, borrachín, poetastro lunático..., pero tan hombre cuando la ocasión se tercia, que, como el vino, has debido mejorar al envejecer. Beberás mejor calidad y menor cantidad de todo: luna, espada, mosto, poesía...
>
> "Gracias, pelirrojo. Fue genial la última de tus trampas. Del cielo de mi camarote cayó el don glorioso de Mireya, mi esposa, la ideal ensoñación. Escribo, y no veo tu sonrisa de pícaro. La idolatro, estudiante. Como eso, como un estudiante a su primer amor, pero con la fuerza del postrer amor. Es buena, comprensiva, inteligente... Vete buscando cuantas cualidades puede poseer una mujer, y el retrato tienes de ella.

"Gracias, pelirrojo. Quizá ella, sin tu ayuda, pese a su valentía, no habría invadido en secreto mi camarote. Te recordamos con frecuencia, y... ¡mal rayo me parta! Ya está bien. Vayamos al gran6.

"Tengo un hijo, señor Lucientes. Buen mozo, si tú quieres. Lindas facciones, ojos pardos, cabello castaño, miembros largos que podrán, quizá, ser fuertes. Gusta mucho de leer y ensimismarse en reflexiones. Presumo que será más dado al discreteo palaciega que a la pelea tabernaria. Será un buen marqués de Ferjus. A eso vamos.

“Tres trámites te encomiendo, y el portador Mariano Rodrigo regresará con el resultado de tu labor. Primero: necesito los documentos legales que acrediten mi título de conde de Ferblanc. Segundo: necesito los que rápidamente te darán en relación con el marquesado de Corbigny de mi esposa. Tercero: necesito los que se refieren al título que por derecho de nacimiento y primogenitura hereda de su madre Humberto Lezama, que ya desde la cuna se ve obsequiado..., ¿o perjudicado?.., con el título y posesiones del marquesado de Ferjus.

"Chaparrón de aristocracia, dirás. Me dio la ventolera por ahí. Aparte mi monstruosa fatuidad de envidioso pirata plebeyo, hay otra razón. He decidido instalar un hogar en Puerto Colombia, tierra española, donde quiero que bajo mi nunca usado aspecto de conde de Ferblanc pueda educar ella a Humberto, mi retoño, muy excelentísimo señor marqués de Ferjus, concediéndole cuantos caprichos le pidan el cuerpo y la mente.

"¿Comprendido?.. Han sido ocho años de cambiar constantemente de guarida.

”Ni ella ni él deben pagar la herencia del que tiene su cabeza a precio. Resignado y decidido estoy a ser conde de Ferblanc. No ignoro los peligros que hay..., pero los venceré... ¿Cómo? Para eso estoy zarpando rumbo a Puerto Colombia.

”Una advertencia. No aparezcas señor Lucientes. Hazlo, si te place, cuando firme esté yo en tierra como

siempre lo estuve en mar libre. Antes, no... Además, ¿y tu hija?

Iba leyendo Lucientes en voz alta. Alrededor de sus hombros, el brazo de Gabrielle se apoyaba. Y él no sentía la menor vergüenza ‘del temblor de sus manos y del empañamiento de sus ojos...

"Debe ser una cumplida damisela tal como soñamos. Ni muy pedante, que eso no lo permitirás, ni muy “lucientesca”, que de eso te pediría yo razón y cuenta. Tiento, estudiante. No la malcases... Pero ¿de qué estoy hablando? ¿Acaso te pedirá ella permiso para enamorarse? ¿O acaso ibas tú a ser tan necio que te opusieras a su elección? Confío en que habrás sabido educarla. Si andando el tiempo se enamora de pirata..., mal te veo, señor Lucientes. Será síntoma de que no supiste educarla. En fin, si es un perillán como tú o yo, no irá demasiado mal. Son..., déjame contar, catorce lindos años los de Gaby. Esta noche, cuando ella se despida de ti, dale otro beso. La recuerdo" cuando, muñeca graciosa, se peleaba con mi hijo... Carlos. Bien, ya está bien.

"Volveré a escribirte cuando, como te digo, alcance la solidez que deseo el hogar que en Puerto Colombia me propongo alzar.

"Estrecha tu diestra,

”Carlos Lezama.”

Diego Lucientes elevó la mirada, y sus pardas pupilas sonrieron a las anegadas pupilas azules.

—Es... nuestro jefe, Gaby. Por él serás tú la mujer más ricamente dotada de Francia. Por él somos felices...

—Sí. Él es tu único amigo. Siempre... por él rezo, y siempre he pedido el milagro de que un día pudiera yo do nuevo pelearme con Carlos...

Y sollozando ocultó ella el rostro en el pecho de Lucientes.

—Porque...—murmuró entre sollozos entrecortados—Humberto

debe ser un, tonto sin agallas...

Diego Lucientes asintió mudamente. Pero, de pronto, para sacudirse la emoción, gruñó:

—Cierra el pico, tontuela. Humberto es hijo de nuestro jefe, y tarde o temprano asomará la oreja. Si ahora es la decepción de Carlos Lezama, día llegará en que, como digo finamente, asomará la oreja. Hay que tener en cuenta que es un crío.

—Carlos... era todo un hombre cuando apenas tenía siete años...

—¿Qué sabes tú, ignorantuela?

—Buenas palizas que nos "cascamos"... Muchas noches, padre, siento en mi corazón un angustioso redoblar.

Y se me antoja que Carlos volverá. Que no murió. Que...

—Fantasmas, hija. Vayamos al grano. Tengo que cumplir las órdenes tan ¡gratas para mí del señor conde de Ferblanc, al cual deseo plétora de felicidades en su nuevo hogar de Puerto Colombia.

# Capítulo I

**Puerto Colombia**

El 11 de marzo de 1720 tomó posesión del cargo de intendente general del Departamento de Cauca' el sucesor del que hasta entonces lo había desempeñado, y cuya muerte en extrañas circunstancias constituía el tema de todas las conversaciones en la ciudad portuaria de Puerto Colombia, residencia oficial de la Intendencia General.

Pero a la llegada del nuevo Intendente, hubo otro nuevo tema de hablillas entre los criollos de la levantisca ciudad colombiana.

Quienes le habían visto descender de la carroza y recibir los honores de la guardia, decretaban qué no habían visto nunca más gallardo y guapo varón que el legendariamente famoso José Camporro, cuya fama anticipábase a su presencia.

Lo describían físicamente como un alto sujeto de anchas espaldas, largos cabellos negros, ojos azules, tez mate y un largo bigote de guías caídas enmarcando la firme boca.

Vestía un atuendo compuesto de rígida guerrera dorada, pantalón bombacho, y alta bota que le calzaba hasta las corvas.

Cubría su cabeza con alto morrión peludo, prenda desconocida y echada encima de los hombros con negligencia llevaba una media capa que abrochaba flojamente con un cordón!de oro trenzado, cuyo cierre era una calavera de plata.

Pero lo que más llamó la atención fue el pequeño arsenal que lucía en el ancho cinturón recamado en piedras preciosas. Ante el centro de la guerrera se entrecruzaban las culatas de tres pistolas de largo cañón; a un costado pendía, un largo machete en cuadrada vaina salpicada de esmeraldas, haciendo compañía a una espada, y en el otro costado tenía un extraño adminículo: la maza

rompecabezas de los “quichúas”, largo palo rematado por una bola de hierro erizada de púas.

Se hicieron cruces de tal atavío los mismos españoles de la guardia, que hasta entonces sólo habían visto su-cederse en el cargo de Intendente General, delegado del Virrey, a caballeros mesurados, más bien proyectos y cuyo aspecto, por lo general, no era bizarro precisamente.

Y cundió pronto la fama moral de “Josefín”, que así conocían por las selvas peruanas y ecuatoriales al famoso asturiano José Camporro.

Los caucanos distinguíanse por ser criollos que gustaban mucho de las rebeliones, y su temperamento levantisco mal se avenía con la obediencia a las por otra parte nada severas leyes españolas.

Pero tenían escasa calidad como cabecillas. Sólo empuñaban las armas en caso de hallar algún jefe decidido y enérgico, que supiera aunar y disciplinar las voluntades de los cauca-nos.

Y cundió cierto temor y a la vez nerviosismo, cuando supieron cuál era la principal cualidad por la que había sido designado para el cargo de Intendente General el asturiano de la calavera de plata como broche.

Muy joven aun, contando apenas dieciséis años, José Camporro habíase fugado de los prados asturianos, para enrolarse como grumete en galeón español que hacía la ruta de Indias.

Apenas desembarcado se alistó en la fuerza suicida de los que, bajo el manido de un general audaz, iban a intentar la pacificación de los salvajes “quichúas”.

Fue progresando el asturiano por sus muestras constantes de valor, siendo el primero en todos los ataques y el último en las forzosas retiradas. De aquel batallón de esforzados infantes sólo quedaron cinco supervivientes.

Uno de ellos era “Josefín”, al cual se le dio el mando de una compañía, por su profundo conocimiento denlas costumbres de los “quichúas” y por sus demostradas dotes de valor y desprecio al peligro.

Fue ascendiendo, y se hizo proverbial su severa y justiciera aplicación de la ley. Corrían de boca en boca por todo el Ecuador sus hazañas y sus métodos.

Dominó una rebelión en el estado bajo del Potosí, y desde

entonces dondequiera que fuera necesaria una acción rápida y eficazmente represiva, se enviaba al recto y justiciero.losé Camporro.

De que era rápido, pronto lo supieron cuantos formaban parte del personal de la residencia.

Apenas llegó al interior del vasto salón de audiencias, el asturiano limitóse a quitarse el morrión, que colocó encima de la mesa del despacho vuelto boca arriba.

El interior mostró unos compartimientos de cartucheras con cargas de pólvora. Colocó también al alcance de su mano dos pistolas...

Y entonces, mirando la extensa montaña ¡de carpetas que llenaba el despacho, comentó desdeñoso:

—¡Pobrín! Así le sucedió al pobriño. Menos leer papelotes y más acción, y no hubiese perdido el cargo y la vida. Veamos. Vos, señor capitán. ¿Cuál es vuestro nombre y posición en mi residencia?

—Capitán de la Guardia Real, en función de administrador de la Justicia del Virrey, a las órdenes directas del Ilustrísimo Intendente.

—Que soy yo. ¿Vuestro nombre?

El interrogado, joven de gallarda presencia, hablaba respetuosamente. Conocía la fama heroica del actual Intendente y le admiraba ya con toda la ilusión de un bravo corazón.

—Gundemaro Liaño, Ilustrísimo.

—¿Gallego? Hermanos de raza vecina, capitán. Apeadme el tratamiento. Vais a ser mi mano izquierda. Mi mayor honor es oírme llamar “Josefín”. Os llamaré Gunde... para ahorrar tiempo.

Rió suavemente el asturiano, y Gundemaro Liaño sintió que era ya fervor fanático el que sentía por el legendario héroe colonial.

—Veamos. Vos, señor—y la rasurada barbilla enérgica del asturiano señaló a un obeso cincuentón de casaca adornada con muchas medallas.— ¿Cuál es vuestro nombre y posición en mi residencia?

—Relator Real; dictar sentencias que son refrendadas por Su Ilustrísima.

—¿Nombres?

—Perdomo Alba, barón de Villadial. Extremeño, Ilustrísimo.

—Tierra do hombres bravos y buenos puercos. Veremos cuál de esas dos cualidades tenéis. Podéis sentaros, barón. Tú. Gunde, a mi

lado.

Miró Camporro a los restantes que en número de seis formaban un semicírculo, ante la gran puerta.

—Morralla — comentó desdeñoso. —chambelanes, tenientes, y demás “tiralevitas”. Id a vacar a vuestras obligaciones. El último en salir que entorne la puerta.

Al quedar solo con el jefe policial y el juez supremo y único, José Camporro volvió a proyectar la mandíbula hacia delante. Está vez, su gesto apuntaba hacia las condecoraciones ostentadas por el extremeño.

—¿Qué son, barón?

—Órdenes distintas recibidas en recompensa, Ilustrísimo.

—Fuera con ellas. Es quincalla que se gana las más de las veces por influencia o dádivas. Cada una de ellas será por los que habéis mandado justa o injustamente al patíbulo. Ya lo sabré... Contestad presto, barón. ¿Quién mató a mi antecesor?

La brusca pregunta sumió en desconcierto al interrogado.

—Lo ignoramos, Ilustrísimo.

—No habléis en plural, puesto que en singular os trato. Repito, ¿quién dio muerte al que me precedió con mano floja y demasiado papeleo en este cargo?

—Hechas las pertinentes averiguaciones, Ilustrísimo, sólo sabemos... sólo sé que en la noche de fin de febrero, vuestro Ilustrísimo predecesor se retiró hacia las once a su alcoba. A la madrugada fue hallado muerto en su lecho. Un puñal le atravesaba la garganta. El asesino había entrado por la ventana.

—¿Cómo lo sabéis?

—Deducimos... deduje, Ilustrísimo, que aquella debió ser la vía de acceso, porque las cristaleras estaban abiertas y el frío nocturno había helado la alcoba.


—Vais a ser mi mano izquierda.

—¿Contra quién habéis dictado sentencia? ¿Quién ha subido al patíbulo para purgar este crimen de lesa majestad?

—Señor... Ilustrísimo...

—No tartamudeéis. Os doy de plazo dos días. Si al cabo de ellos no traéis al asesino, vos iréis en su lugar al cadalso. Con mucha cortesía, eso sí, yo mismo os ayudaré a subir los peldaños. ¡Zambomba!—y el asturiano dio un puñetazo en la propia palma de su mano izquierda. —¿Sois o no el delegado de Su Majestad para castigar? Veamos si tenéis algo de valor que me demuestre que si ocupáis un cargo de responsabilidad, es porque valéis. ¿O sois juez por dádivas o influencias cortesanas? Os notifico que odio a los que tienen títulos. Desprecio a barones, condes, marqueses y toda esa patulea de inútiles, que vienen a medrar en el banquete que desharrapados como yo y otros les hemos preparado a costa de nuestra sangre y esfuerzos. Resumid vuestras gestiones, y sin pérdida de tiempo en vano palabreo. ¿Quién sospecháis que mató al que me precedió? ¿Cuál es el comentario del pueblo?

—Difícil es contestar, Ilustrísimo. La estricta justicia me impide dar oído a cuantos pretenden estar en posesión de la verdad. Es en

realidad, asunto y negocio muy enrevesado determinar.,.

—¡Zambomba! ¿No dije que no soy un lechuguino amante de oír palabrería estúpida? Comadread, que eso os pido.

—Hago entonces constar, Ilustrísimo—dijo con envarada dignidad el magistrado—que ni censuro ni apruebo cuanto voy a relatar. Me limito a relatar. Vuestro predecesor, vizconde de Lemos, deja viuda. Ella es sevillana, y..., de alegre carácter regocijado, que puede prestarse a confusiones. El rumor popular pretende—y el extremeño miró indeciso al joven capitán.

—¿Qué pretende, Gunde?—inquirió rudamente Camporro.

Enrojeció el aludido.

—Dicen las malas lenguas, que confunda el infierno, que... Perdonad, Ilustrísimo, pero no puedo manchar el puro nombre de una mujer en trance de dolor, repitiendo las malvadas calumnias que la ofende.

—Entonces hablaré yo, ¡zambomba! Cuando voy a país enemigo tomo antes ciertos informes. Pretende el rumor, joven Gunde, que tú y la sevillana estáis a partir un piñón, y. que muy posiblemente ella deseó enviudar para caer amorosamente en tus brazos. Descarto este rumor. Tú eres gallego, Gunde. No ibas a ser tan torpe. Además, tienes ojos claros y una mujer puede hacerte cometer tontadas, pero no crímenes. A otro rumor, barón, que éste no me sirve.

Fue ya idolatría la expresión agradecida, con que Gundemaro Liano, examinó la marcial apostura del hombre que sentado, se mantenía rígido y expectante, acariciando de vez en cuando su largo bigote en alternada caricia con las cuales de las dos pistolas atravesadas en la mesa ante él.

—Entonces, Ilustrísimo, si os habéis tomado el trabajo de estudiar la situación, sabréis que los caucanos son dados a la conspiración.

—Y no pueden unirse, porque son corderos que pretenden dar cornadas. Les hace falta un morueco. ¿Quiénes son los moruecos a la vista?

—Coroza, el mestizo, y Vilches el sargento colonial. Ambos odian a los españoles, Ilustrísimo.

—A por ellos, Gunde. Tráemelos aquí inmediatamente. Palma suave y puño pesado. Invítales primero, y si resisten dales palo.

Aquí espero.

Salió el joven capitán dedicando antes un recio saludo militar al que para él representaba la ideal figura del aguerrido héroe.

—Bien, barón. Vos y yo estamos a solas. Intentad adivinar mi carácter. No me ando por las ramas ni quiero evasivas. Si descubro la menor reticencia o falsedad en vuestros informes privados, os degüello personalmente. ¿Es posible que Gundemaro Liaño, en complicidad con la sevillana, haya dado muerte al achacoso vizconde de Lemos?

Vaciló sorprendido el magistrado.

—No lo creo posible, Ilustrísimo. Vos mismo dijisteis.

—De lo que yo digo a lo que pienso va un abismo, barón. Mi aparente hombría tiene solapados recovecos, que no os desea descubráis nunca en contra vuestra. En vuestra opinión, ¿es o no culpable Gundemaro Liaño?

—Estimo, Ilustrísimo, que es imposible.

—La noche del crimen, ¿con quién estaba el capitancito?

—Le interrogué privadamente y dijo que la galantería le vedaba aclararme este punto. Pero salgo garante por él, Ilustrísimo. Nunca el capitán Liaño matará alevosamente.

—Difícil me resulta creer que un sesudo varón como vos fíe de apariencias, doblemente habiendo de por medio una hermosa mujer enamorada… liemos de ir en derechura al fondo de este negocio. ¡Zambomba! ¿Somos gente do armas tomar o somos frailes? Carmela Olivares, ¿qué era antes de desposar al chocho vizconde?

—Bailarina en la corte, Ilustrísimo. Pero desde su llegada a Puerto Colombia su conducta ha sido irreprochable.

—Depende del particular concepto que de la irreprochabilidad tengáis. Resumamos, barón. He venido para reprimir cualquier intento de rebelión. No dudéis que mientras yo gobierne, todos irán al paso. He venido para ver patalear en el patíbulo al autor, autora o autores de la muerte del vizconde de Lemos. De lo primero me ocupo personalmente, y de lo segundo vos os ocuparéis por espacio de dos días, a partir de ahora. Cuanto privadamente os digo, entre nosotros queda. La menor indiscreción…—y el asturiano dejó oír un ruido discordante de garganta, mientras pasábase un dedo por el cuello.

—Contad incondicionalmente con mi silencio, Ilustrísimo.

—¿Es de fiar la guarnición?

—Por entero. Obedecen fielmente al capitán Liaño.

—¿Elementos extraños en la ciudad?

—En esta carpeta roja, Ilustrísimo, hallaréis relación del censo que compone la totalidad de los habitantes de Puerto Colombia.

—De los españoles fío. De ningún caucano fío. Pero por encima de todos sospecho de cuantos extranjeros habiten en Puerto Colombia. No aprenderéis nada nuevo, si os digo que en muchas tierras que he recorrido, los extranjeros eran los agitadores ocultos que fomentaban las rebeliones, sin dar la cara. Muchas naciones codician el venero de riquezas coloniales. Mandan individuos aptos para fomentar levantamientos.

—En la carpeta roja hay un apartado, Ilustrísimo, en que se cita a cuantos extranjeros habitan en Puerto Colombia. Son pocos.

"Josefín" abrió la citada carpeta derribando al suelo de un manotazo, las que se amontonaban encima.

La abrió y separando los distintos compartimientos, hundió la mano en el que rezaba con gran caligrafía paciente:

"Extranjeros aposentados".

Fue leyendo nombres. Su índice se detuvo en un subrayado:

—¿Quién es este Hen... Hendrick Van Abergotten del demonio?

—Un licorero destilador, que lleva más de dos años aposentado en Puerto Colombia. Es holandés, Ilustrísimo, y fabrica excelentes licores.

—No me gustan los holandeses. Son carnosamente inofensivos, en apariencia, pero encubren cerebros lentos y muy cautos. Veamos... ¿Y ese conde de Ferblanc, quién es?

—Un francés, ilustrísimo. Casado con marquesa también francesa. Tienen un hijo...

—Su familia no me interesa. Él, ¿en qué se ocupa?

—Ha puesto sala de esgrima, ilustrísimo. Lleva unos dos meses residiendo entre nosotros.

—¿Francés, noble y esgrimidor? Me convendrá echarle un vistazo encima. Convocadlo para mañana a las diez. Le sondearé. Francia es aparentemente nuestra aliada, y nuestra enemiga, según soplan los vientos. ¡Adelante!

Miró hacia la puerta que acababa de abrirse tras unos golpes. El joven capitán de la Guardia precedió a dos individuos, tras los que

dos' soldados vigilaban arma en brazo.

Ambos tenían aspecto de mestizo, oliváceo el rostro, y huidiza la mirada. Uno de ellos vestía camisón y calza blanca, desnudos pies y piernas. El otro lucía el abigarrado uniforme de sargento colonial.

—Tú, primero, Coroza—y la barbilla afeitada de Camporro señaló al mestizo vestido de blanco. —¿Qué sabes de la muerte del vizconde de Lemos?

—Nada sé, señor.

—Fuera vosotros dos—dijo el asturiano, señalando la puerta a los dos soldados. —El último que entorne la puerta.

Era evidente el temblor de los miembros del mestizo interrogado, que miraba con angustia el rostro varonilmente guapo del nuevo Intendente.

—Has de saber algo, Coroza. Anda, pobriño, reconoce que diste muerte al vizconde y te lo tendré en cuente.

—¡No, señor! Yo no soy. Yo no sé nada de nada.

Fue tan imprevisto lo que siguió, que hasta el mismo Gundemaro Liaño sobresaltóse como si el estampido se hubiera hincado en su carne.

Una de las dos pistolas colocadas ante Camporro acababa de disparar a ras de la mesa. Todavía conservaba el asturiano la diestra alrededor de la culata, y el humeante cañón apuntaba hacia Coroza, que llevándose las dos manos a la frente, vaciló, arrodillóse, y por fin cayó de bruces.

—Pobriño. No sabía nada de nada... —comenta “Josefín”. —Tú, segundo, Vilches. No me hables del tiempo porque es perder el tiempo, y no plantes cara porque te la deshago de un pistoletazo. Eres militar, por generosa concesión de Su Majestad. El que mató al vizconde cometió un crimen contra un hombre, y un atentado contra Su Majestad, ya que nosotros le representamos en Puerto Colombia. ¿Quién dio muerte al vizconde?

—Juro por mis hijos que no fui yo, ni nadie que yo conozca, Ilustrísimo señor Intendente—dijo el mestizo mirando el cadáver de soslayo, como fascinado.

—Entonces si sabes que no fuiste tú ni nadie que conoces, es que sabes que fue alguien que no conoces. ¿Quién?

—Lo ignoro, señor Ilus...

Resonó con la misma imprevista rapidez el segundo pistoletazo.

Pero prevenido el sargento mestizo apartóse trémulo y lívido...

José Camporro incorporóse a medias, y la tercera pistola que extrajo de su cinto, dio en el blanco, penetrando el plomo por la sien del que pretendía huir alocado...

Aun se revolvía agonizante en el suelo el sargento colonial, cuando ya sentándose de nuevo, “Josefín” ordenó:

—Avisa a tus soldados, Gunde. Que barran esa basura. Vos, barón, tomad nota mentalmente. Dictaréis un pregón que haga saber a todos los habitantes de Puerto Colombia y el departamento del Cauca que se halla bajo mis órdenes directas, que yo mismo he ajusticiado por conspiradores a los mestizos Vilches y Coroza. No valían ni el cáñamo de la horca. Añadid, que no estoy dispuesto a tolerar rebeldías. Pero también terminad diciendo que teda queja justa, será atendida. No aguiero conspiraciones. Quiero valientes reclamaciones. Podéis iros, barón. Tú también, Gunde.

Los dos soldados estaban ayudándose a transportar el cadáver que quedaba en el suelo.

—El último que entorne la puerta. ¡Gunde!

—Mandad, Ilustrísimo.

—Advierte a la señora viuda del vizconde de Lemos, que será para mí un grato honor presentarle mis respetos en este despacho, mañana a las nueve y media en punto. Ahora voy a dormir aquí mismo. El largo viaje me ha fatigado. Buenas noches, Gunde. Y no estará de más que hagas saber a tu tropa, que tengo la palma suave para los que obedecen y el puño pesado para los traidores, mujerzuelas y alborotadores. Buenas noches, Gunde.

Dos minutos después, cerraba él mismo la puerta del despacho. Examinó metro a metro las paredes recubiertas de tapices. Tranquilizado, fue a sentarse de nuevo, y la luz del amanecer le sorprendió estudiando aún el resto de papeles contenidos en las carpetas...

# Capítulo II

**Audiencia privada y pública**

A las nueve de la mañana del día siguiente, y pese a haber dormido tan sólo cuatro horas, José Camporro presentaba un aspecto marcialmente arrogante y despejado.

Fue a abrir la ventana cuando hubo revestido su guerrera, y colocado en su sitio todo el pequeño arsenal que encima llevaba.

Revolvió de nuevo todos los papeles y carpetas, derribando muchos de ellos por el suelo.

Abrió entonces la gran puerta y, a su aparición, los dos soldados de guardia chocaron los tacones presentando sus espadas.

Un chambelán avanzó presuroso.

—Llamad al capitán Liaño. Deseo verle.

Cuando llegó el joven capitán halló al asturiano sentado tras la mesa del despacho, peinándose a lite un espejo colocado encima de la mesa, y untándose después el rostro con una esencia de olor acre y penetrante.

Terminado aquel aseo, José Camporro señaló la mesa:

—Buenos días, Gunde. Envía a un ujier para que arregle y ponga en orden todos esos papelotes que en nada me interesa leer. Mientras, pasearemos nosotros por la antesala.

En la gran antesala del palacio residencial, e1 suelo de cerámica reverberaba bajo los sesgados rayos solares que atravesaban los altos ventanales semiabiertos.

A cada lado de los ventanales había un soldado de guardia, y en el fondo de la antesala comunicante.con los salones exteriores, un teniente, espada en mano, manteníase en posición de firmes.

—Hermoso día, ¿no es cierto, Gunde? — y familiarmente el Intendente General rodeó el antebrazo de capitán, paseando por el

centro de la antesala, en alejamiento equidistante de las cuatro esquinas y los centinelas.

—Pero hablar del tiempo es perderlo. ¿Cuál es tu opinión sobre el extremeño Alba?

—Excelente, Ilustrísimo.

—Llámame Josefín.

—No podría... Vos sois un héroe de fama excepcional, para quien todo respeto es poco.

—Los soldados romanos llamaban Cesar a secas a su emperador. Ahora, dime, ¿no opinas que Alba es un intrigante adulón?

—Ya que me honráis, señor, con vuestra confianza, os diré que juzgando imparcialmente al barón lo consideran todos un magistrado severo pero estrictamente justiciero.

—¿Gozaba de la confianza del difunto vizconde?

—Por entero, señor.

—¿Gozo yo de tu confianza, Gunde?

—Por entero, señor.

—Entonces, dime privadamente dónde estabas la noche en que el vizconde durmió su último sueño.

Gundemaro Liaño mostró una patente indecisión.

—Hasta las once, señor, estuve en la cena de gala que ofreció a todos los oficiales el señor Intendente. A tal hora, al retirarse Su Ilustrísima, pasé revista a la guardia, relevando a los que habían bebido demasiado, y me retiré a mis habitaciones.

—Mientes, Gunde. Mal hecho. Conmigo no cuadran las dobleces. Yo no tengo más que un rostro y una opinión. Los soldados hemos de ser rudamente sinceros, si es preciso. Te pido ahora que me des tu palabra de honor de que desde las once hasta el momento en que el crimen fue descubierto, tú no saliste para nada de tus habitaciones.

—No puedo daros mi palabra de honor, Ilustrísimo.

—¿Dónde fuiste?

—Hay cosas, Ilustrísimo, que ni el tormento ni una sentencia a muerte pueden hacer que un caballero las revele.

—Lo que en privado me digas, en privado queda y no haré para nada uso de ello. ¡Zambomba! ¿Visitaste a Carmela Olivares?

Guardó silencio el joven oficial.

—Quien calla, otorga. No insisto más, Gunde. Vete en busca de

la señora viuda de mi antecesor. Acompáñala hasta mi puerta y entórnala cuando ella haya entrado. Quedas fuera, naturalmente. Es audiencia privada.



Carmela Olivares poseía todo el encanto y la cautivadora gracia aristocrática, que en muchas sevillanas, aun procedentes de modestísimas familias, se pone de relieve en ciertos momentos.

Podía, a instantes, tener resabios de su antigua profesión, pero cuando en la sevillana ciudad, el vizconde de Lemos, fracasando en todas sus tentativas vióse obligado a sucumbir ante la vicaría, ella se prometió serle fiel y respetarlo.

Pero no podía evitar que su natural coquetería sin pecado, fuese a veces mal interpretada. Y la propia libertad de que hacía gala, si bien no causaba recelos en su propio esposo, daba pábulo a maliciosos comentarios.

De estatura mediana, cimbreante talle y riente rostro, la reciente melancolía del luctuoso suceso que había originado su viudez, proporcionaba a sus finos rasgos un atractivo más.

Terminaba de adornar con jazmines el escote de su vestido de negro terciopelo, cuando la doncella fue a comunicarle que el señor capitán Liaño pedía ser recibido.

Dirigióse ella al encuentro del joven oficial, que, con cierta confusión, besó su mano.

—El Ilustrísimo señor Intendente General os aguarda, señora.

—Anoche recibí ya por el barón, notificación de que me era graciosamente concedida audiencia privada, capitán. Mientras allá vamos, describidme a Josefín.

—Es... cual su fama, señora. Arrogante, decidido...

—Y verdugo. Que todo se sabe demasiado pronto.

—Fue una ejecución, señora. Eran dos conspiradores peligrosos.

—¿Tiene al menos modales o es un soldadote brutal habituado a rapiñas y tropelías?

—No olvidéis, señora, que yo soy soldado.

—Vos sois delicioso, capitán.

Se detuvo ella ante la puerta que daba acceso al despacho. Cuando entró, púsose en pie José Camporro, quien avanzó a su encuentro, e hizo una profunda reverencia.

—Excusad, señora, que las formalidades inherentes a mi cargo

me hayan obligado a daros el pésame en forma tan protocolaria. Dignaos tomar asiento.

Ella se sentó, mirando críticamente al apuesto aventurero encumbrado.

Era un hombre guapo y Carmela Olivares era sensible a la varonil prestancia.

Había hecho entrega de su corazón a Gundemaro Liaño, pero esto no obstaba para que imparcialmente admitiera en su fuero íntimo, que los ojos azules del asturiano, su negro cabello y su bizarro atavío, tenían original atractivo. Sentóse Josefín tras la mesa y esbozó una sonrisa ambigua.

—Es para mí tranquilizador, el no hallarme ante una viuda inconsolable y llorosa, señora. Tenéis una espartana presencia de ánimo y una delicada fragancia de jazmines atenúa vuestro luto.

—La muerte de mi esposo no puede impedir que ría la primavera y huelan las flores, Ilustrísimo.

—Por favor, señora. Yos sois mi invitada y yo un intruso advenedizo. Honradme llamándome Josefín. Tengo este diminutivo en gran aprecio.

—También el de Carmela me causa profunda satisfacción.

—Ambos hemos llegado lejos ¿no es así, señora?

—Depende del valor de cada cual, señor.

—Hasta los dieciséis fui porquero. Después, grumete hasta llegar a ser conductor de carneros que convertí en leones y hoy heme aquí tratando de convertir en carneros a los leones. Vos habéis sabido llegar a viuda honorabilísima do un vizconde, que fue el último Intendente General. Claro que no existe parecido en nuestras respectivas carreras—apresuróse a añadir— pero a veces me dejo llevar por el prurito de emplear metáforas. No hay duda que vos, como toda mujer inteligente y bella, domináis a la perfección el arte de emplear vuestros atractivos y sonrisas para convertir en carneros los leones.

—Puesto así, no hay modo de ofenderse, señor. Y os aseguro que mi difunto esposo nunca fue carnero... Tampoco león. Era un hombre bueno, cariñoso y sincero. Por esto le amé con afecto, sin pasión y le he llorado afectuosamente, sin desesperación.

—Vos tendréis formada una personal opinión de quién pudo dar muerte al señor vizconde de Lemos.

—Tierra peligrosa las Américas, señor. Se fraguan muchas conspiraciones. Constantemente caen misteriosamente asesinados, personajes que ocupan cargos como el vuestro.

—No lo dudo. Ved, pues, que siempre voy armado y alerta.

Hizo el asturiano una pausa, sonriendo enigmáticamente. Carmela Olivares, sintióse molesta...

—¿Qué opináis del barón?

—Era íntimo amigo de mi esposo y gozaba de su particular amistad.

—Por lo que a vos se refiere, ¿goza él también de esta prerrogativa?

—Sí.

—¿Por qué razones?

—Porque, siendo severo, supo perdonar mis debilidades.

—¿Cuáles?

—Soy mujer y me eduqué en frívolo ambiente.

—Atacáis rectamente, Carmela.

—Hablo con un soldado.

—Veamos. ¿Qué opináis del capitán Liaño?

—Muchas cosas.

—¿Gozaba de la particular amistad y confianza de vuestro esposo?

—Por entero.

—¿Y también de la, vuestra?

—Hasta un límite.

—¿Cuál?

—Como yo, es joven, pero también, como yo, sabe respetar determinados límites. Sabe que le quiero, sé que me quiere, pero... —y por un instante volvió ella a ser la antigua bailarina, al hacer crujir contra los dientes la uña de su pulgar—...nunca hubo entre nosotros ni el canto de una uña que pudiera ser reprochado por el más severo censor.

—Deduzco, pues que sus visitas nocturnas mientras dormía vuestro esposo, nada tienen de reprochable. Nada tengo de severo censor.

—NI que fuerais Catón redivivo, podríais hallar motivo de censura. Cierto que me visitaba. Hablábamos de nuestras respectivas patrias chicas, y me causa gracia su habla, al igual que

yo le causo gracia.

—Charlas instructivas y graciosas, Creedme, Carmela, si os digo que no dudo en lo más mínimo que fuisteis y sois dos encantadores enamorados platónicos. Pero fue un juego peligroso. Otro en mi lugar, podría interpretar erróneamente esta coquetería en vos y esta imprudencia en él.

—Lo admito, señor.

—¿Me es lícito preguntar cuál es vuestro propósito en las actuales circunstancias?

—Regresar a Sevilla tan pronto toque fragata o galeón español en Puerto Colombia.

—¿Sola?

—Con mi doncella, mis perritos y mi equipaje.

—¿Entra en el equipaje el capitán Liaño?

—Irá cuando obtenga licencia. Nos casaremos en Sevilla.

—Hago votos para que tenga mejor suerte que el vizconde.

—¿Habéis dicho, señor…?—y ella llevóse la mano tras la oreja, como si no hubiera oído bien.

—Quiero significar que no le deseo que sea el segundo viudo legítimo.

—En Sevilla no hay conspiradores, señor. Allí se toman la vida más alegremente Nos metemos mucho en la vida del vecino, pero sólo para divertirnos.

—Al igual que yo. En efecto, sois mi vecina. La noche en que pasó a peor vida vuestro esposo ¿podéis decirme qué hacíais?

—Aguardaba este instante, señor. Habéis tardado en atacar. Os lo agradezco. Para soldado, tenéis mucha diplomacia, Miradme bien señor: si no hubiese sentido afecto por el vizconde, hubiese huido con el capitán Liaño. Al quedarme, podéis suponeros que lo hice para enviudar. ¿Hubiese empleado el puñal? Hay pócimas muy ingeniosas en estas tierras…

—Habría quedado patente la muño femenina. El puñal, en cambio arrojó las sospechas sobre los conspiradores. ¿Me permitís un ruego, señora?

—Vos mandáis, Ilustrísimo.

—No salgáis de la residencia, en tanto no quede en claro quién dio muerte a vuestro esposo. Supongo que os agradará contemplar el castigo del culpable.

—No le devolverá la vida a mi esposo. Pero justo es que sea castigado el asesino ele un hombre bueno, cuya única acción mala fue el casarse conmigo, pudiendo elegir mejor. ¿Deseáis decirme algo más, señor?

—Felicitaros por vuestra franqueza. A veces no hay arma más perdida que una aparente sinceridad.

—¿Os repetís esta máxima ante el espejo, señor?

—Deliciosa...—murmuró, sonriendo, el asturiano—. Me apenaría besar vuestra mano en el primer peldaño del patíbulo.

—Sois exquisito, Josefín. Me habéis defraudado. Creí que seríais un entre hosco, irascible, grosero, y sois amable, fuertemente sereno y vuestras groseras insinuaciones tienen un barniz de cortesía. Habéis progresado mucho desde que apacentabais puercos, Josefín.

—Con ellos a solas, empecé a conocer a los humanos, Carmela. No os quiero importunar más. Quedo vuestro servidor.

—¿Tengo vuestra autorización para seguir recibiendo las visitas del capitán Liaño?

—¡Zambomba! No confundáis al nuevo Intendente con un alcahuete, señora. Beso vuestra mano.

—Con este exabrupto, os habéis mostrado tal cual sois. Dudo que tengáis nobles sentimientos, señor Josefín...

—Ahí le lució a vuestro esposo... por tenerlos.

De encima de la mesa cogió ella un grueso pisapapeles, echando hacia atrás el brazo. Se contuvo a duras penas y con triste sonrisa, depositó de nuevo el pesado objeto.

—Un porquero no puede ofender, y mucho menos a un muerto.

—Ha terminado la audiencia, señora. Hacedme la merced de esperar en la antesala. A las diez y media doy pública audiencia y quiero que estéis presente.

Salió ella, y en el umbral se cruzó con un desconocido. Pese a su reciente furor, ella dictaminó, críticamente, que en un breve espacio se daban cita tres varoniles ejemplares de física arrogancia.

El capitán Liaño, que ansioso la miraba, el Intendente, que quedaba atrás y el que acababa de entrar en el despacho.

—¿Quién es ese elegante caballero, capitán?

—El conde de Ferblanc.

—¿Ese que instaló sala de esgrima en la parte alta del río?

—Sí, señora.

—Lástima que hasta hoy no le viera. Hubiera ido a pedirlo lecciones de esgrima. ¿Por qué me miráis tan acongojado? ¿Tenéis celos del conde do Ferblanc, al cual apenas he entrevisto?

—Os conozco demasiado, señora, para no saber ya que amáis aparentar una coquetería que es uno de vuestros encantos. Mi congoja se debe a otra causa. ¿Cómo... transcurrió la audiencia privada?

—Amistosamente. Es todo un carácter vuestro Josefín.

—¿No os lo dije? Es todo un hombre y un caballero.

Ella sonrió con cierta melancolía. Adoraba la ingenuidad del norteño peninsular.

—Hacedme la corte en audiencia pública, capitán Liaño. A las diez y media el señor Intendente General nos dirigirá la palabra y veo ya qué empieza a afluir la gente. Me encanta, dar motivo a que el pueblo pueda entretenerse en comadreos.

* * *

José Camporro sentado, vio salir a la sevillana. Oyó al ujier anunciar, respetuosamente cuadrado en el umbral:

—El señor conde de Ferblanc. Audiencia privada.

Desde la puerta hasta la mesa había el suficiente espacio, para que el asturiano a sus anchas pudiera contemplar y detallar al recién llegado que avanzaba.

Vio a un hombro en todo él vigor de la edad, de intensos ojos negros, aquilina nariz corva, fino bigote negro y cabellos recogidos en coleta a la nuca, con lazo negro que destacaba en el empolvado y blanco cabello.

Vestía una casaca de corte impecable, de pardo tejido que revelaba a cualquier observador, la presencia, da músculos recios y ejercitados.

Un calzón negro y unas altas botas mosqueteras, completaban el atavío, del que, tricornio en mano, fue a detenerse ante la mesa.

No había empaque ni servilismo en la actitud del que sin arma alguna, ni siquiera espada, aguardaba en silencio.

—¿Habláis español?—inquirió, secamente, el asturiano.

—Lo soy por gracia materna, señor.

—Estáis considerado francés.

—Por mayor gracia paterna, señor, que título me concedió.

—¿Con qué fines vinisteis a Puerto Colombia?

—Buscando paz y hogar.

—¿Cuál es vuestra profesión?

—Maestro de armas.

—¿Aristócrata, espadachín y francés? Mala mezcla.

—No olvidéis que tengo otra mezcla mejor.

—¿Cuál?

—Plebeyo, matón y español.



*...se cruzó con un desconocido.*

—Hace ya unos instantes que habéis olvidado de darme siquiera el tratamiento de señor.

—Ambos lo somos. Al menos, así o1 creo.

—Pecáis de exceso de arrogancia. ¿En qué cuenta lo cargo? ¿A la de conde o a la del plebeyo español?

—Anotadlo a mi favor. Cunde el rumor de que sois jefe de hombres No podéis, pues, gustar de serviles adulones.

—Zambomba... Sentaos, conde.
—Gracias, Ilustrísimo.
Sonrió ambiguamente el asturiano.
—¿Dónde tenéis instalada vuestra academia de esgrima, conde?
—En la parte alta del río, Ilustrísimo.
—Propicia para huídas y propicia para reuniones secretas, conde.
—No tengo acreedores y mi esposa es inteligentemente celosa, Ilustrísimo. Por tanto, sólo el Azar intervino en la elección de mi domicilio alquilado.
—¿Creéis en los refranes o en las máximas?
—Según cuáles, según cuándo y según los casos.
—¿De qué región procede vuestra sangre materna, conde?
—De Sevilla, Ilustrísimo.
—Una paisana vuestra acaba de salir de aquí. Como vos, posee rápida respuesta, inteligente disimulo y gracejo amable.
—Si el interlocutor es rápido, contagia. En cuanto a disimulo, nada tengo que ocultar.
—El tiempo dirá, conde. Hay una máxima que dice que sólo los flojos necesitan disfrazarse do lobos. Al fuerte le conviene ponerse piel ido, cordero. El inteligente asoma de vez en cuando el pelaje. Tenéis mucha disciplina, conde. Vos habéis mandado... y estáis ahora procurando disimularlo. Os considero peligroso, conde.
—Yo también a vos, Ilustrísimo.
—¿Ah, sí? Me place vuestra charla, conde. Me jacto de entender en el ganado humano. Hay temple y reciedumbre de cabecilla en vos. Veremos si os puedo considerar amigo o enemigo.
—Vos me mandáis, Ilustrísimo. Sólo pido paz en mi hogar y la tengo. Por lo demás, solitario soy y ningún peligro os puedo reportar, aunque sirviera, como amablemente me honráis, para ser cabecilla de no sé quién ni de qué.
—Considero a los naturales del país, carneros. Supongamos que vos seáis un león. Si todos los caucanos fueran leones no les temería, mientras les dirigiera un asno, pero un ejército de carneros conspiradores dirigidos por un león, es temible. Trataré de averiguar si sois o no el león contra cuyas garras debo prevenirme.
—Doy clases de esgrima y tiro y si esto es favorecer la conspiración, deberé entonces buscarme otro oficio.

—¿Conocéis muchos?

—La necesidad agudiza el ingenio

—¿Habéis oído comentar el asesinato del anterior Intendente?

—En muchas ocasiones, por más que quisiera, no poseo la fortuna de una grata sordera.

—Tratad de no serlo conmigo, conde. —No lo puedo ser, Ilustrísimo, para quien, como vos, no es un vulgar mortal inclinado a oír comadreos.

—Zambomba... Agradezco el enrevesado cumplido. Pero tened en cuenta que por mi misión estoy obligado a poner en claro lo sucedido. Vos, como maestro de armas, recibiréis muchas visitas y en los descansos, muchas confidencias. El rumor popular ¿a quién atribuye la muerte del vizconde de Lemos?

—Si me toleráis la libertad, puedo preguntaros a mi vez ¿creéis en los refranes?

—Según cuándo, cómo y quién.

—“Vox populi, voz Dei”, suena mui bonito en latín y es a veces, acertado. Pero induce a muchos errores.

—¿Tenéis una opinión propia?

—Desgraciadamente, me consiento esta imprudencia.

—Sed, pues, imprudente ¿Quién mató, según vos, al Intendente?

—Un puñal en la noche.

—No os ahorcarán por indiscreto conde.

—Favor que me hacéis, Ilustrísimo —¿Lleváis tiempo en tierras americanas?

—Por intervalos he residido en ella y en distintos lugares.

—¿Conocéis tierras del Sur?

—No. Las más al sur que conozco son éstas, de Puerto Colombia.

—Algún día, quizá, os aclare el oculto sentido de mi pregunta, que ahora os puede parecer superflua.

—Tengo la impresión de que nada es superfluo en vos.

—Si acaso, esta calavera ¿no?— Y el asturiano señaló el broche que ahora cerraba el coleto de su guerrera— Es pueril, pero considerar la imagen de la muerte como un adorno, hace mas deleitoso el vivir. ¿Conocíais a los mestizos Vilches y Coroza?

—Al venir hacia aquí, oí al pregonero entonar la oración fúnebre de dos difuntos.

—¿Oísteis el resto?

—Muy atentamente Y a ello me atengo. La mano de hierro en guante de terciopelo es lo justo para gobernador Y vos tenéis ojos muy grandes, para dar palos de ciego.

—Traducid a mi corta inteligencia.

—No vine a Puerto Colombia con fines ilícitos. Vine a tener un hogar firme y aguardar mejores tiempos.

—¿Malos son los actuales?

—Para mí, personalmente, mejores podían ser.

—Hay mucho polvo en vuestro negro cabello, conde.

—Encubro con ello indiscretas canas, Ilustrísimo.

—Fin de la audiencia privada, conde Algún día, de igual a igual, os visitaré. Os considero peligroso, porque creo que no estáis encauzado aún. Y como yo, tenéis algo sordo, latente, de desesperado, de condottiero, de aventurero superdotado, que no puede ser feliz si no se halla a sus anchas en un ambiente de lucha, revuelta o ilegalidad. Andad con tiento, conde de Ferblanc. Fin de la audiencia privada, señor conde.

—Os quedó agradecido por vuestra mi licencia, Ilustrísimo.

—Aguardad en la antesala. Cuanto diga en público, puede orientaros.

En la antesala, había numerosa concurrencia. Los principales personajes de Puerto Colombia habían sido citados.

No había más mujer que la que, cercana a la puerta del despacho, conversaba animadamente con un joven a pitan de la Guardia Real.

Carlos Lezama, instalóse junto a un ventanal.

Un ujier di ó tres golpes solemnes y espaciados con el regate de una alabarda.

Abriéronse las puertas y otro ujier clamó. Con no menos solemnidad:

—¡Su Ilustrísima el señor Intendente General en audiencia pública!

Por entre una fila de inclinados bustos, desfiló rápidamente el asturiano, isla llegar al centro de la sala, donde poco antes acababan de instalar encima de un tapiz, el portátil sillón del Intendente

Antes de sentarse, José Camporro hizo una breve reverencia en dirección a Carmela Olivares, que permanecía en pie.

—Tomad asiento, señora.

Con una graciosa reverencia aceptó ella la pública galantería, sentándose. Tras ella, el capitán Liaño miró extasiado al que, para él, compendiaba todas las cualidades del héroe.

José Camporro tomó, a su vez, asiento. Fue mirando en silencio a su alrededor. Había en su semblante una extraña sonrisa ufana, orgullosa...

—En nombre de Su Majestad, me es grato representarle ante los habitantes de Puerto Colombia. Lamento tan sólo que mi llegada haya tenido por causa el deplorable hecho criminal que ha privado a mi antecesor de seguir disfrutando los bienes con que le colmó la Providencia. Lamento, también, que mi primer acto de justicia haya sido ejecutar a dos conspiradores. Hubiese deseado que se iniciase mi gobierno bajo mejores auspicios. No abundaré en palabras. Iré rectamente a lo que es deber de todos nosotros: acatar la ley. Por intermedio del señor Relator, se prestará oído a toda queja razonable, sea cual sea. Nadie tema si con la verdad viene, ó. cree estar en posesión de ella. Sólo deberán temerme, no a mí, sino al Bey a quien represento, todos aquellos que, con fines ocultos, residan en los territorios por mí gobernados. Y ahora, doy por terminada esta pública audiencia.

Fueron desfilando todos, inclinándose al pasar ante el sillón, desde el que, sentado, José Camporro sonreía ambiguamente.

Parecía como si quisiera decir que le halagaba mucho ver humillarse ante él, un porquero asturiano, a todos los representantes de las elevadas clases criollas.

Se puso en pie al pasar Carmela Olivares, inclinando el busto en ceremoniosa reverencia.

—¿Vos el último, señor conde de Ferblanc?—dijo al pasar ante él, Carlos Lezama.

—El Azar así lo dispuso, Ilustrísimo.

—Los últimos serán los primeros... Pero es un refrán. Hasta la vista, señor conde de Ferblanc.

—Cuando vos gustéis, Ilustrísimo.

Quedóse Camporro serio, cuando solo estaban en la antesala los soldados.

Examinó el arsenal que ocupaba su ancho cinto y después fue contemplando las impávidas figuras de los guardias reales.

—Ujier—ordenó al pasar ante uno de ellos—. Notificad al señor barón, que en mi despacho le aguardo.

Perdomo Alba efectuó una entrada tan rápida, sin llamar siquiera que le valió una mirada reprobatoria de José Camporro.

—Que yo sepa, nunca fuisteis de caballería, barón. Os felicito por el pregón de esta madrugada. Ordenad que sea lanzado otro. Dirá que toda persona sorprendida empleando armas u ocultándolas, será ahorcada. Nadie en Puerto Colombia tendrá derecho a porte de armas, salvo la Guardia Real. Entregarán, pues, todos los habitantes sus armas al cuerpo de guardia ¿Por qué os escandalizáis tanto? ¿Que antes que yo nunca ningún Intendente se atrevió a esa medida? Ninguno de ellos era Josefín.

—Es que... Ilustrísimo... en esto momentos juzgo peligrosísimo tal desarme. Es dejar inerme a la ciudad contra cualquier posible ataque...

Los anchos ojos azules del asturiano disminuyeron al entornarse los párpados.

—¡El Pirata Negro está en la ciudad, Ilustrísimo!

A la exclamación del barón, desapareció la recelosa mirada de los ojos de Josefín, quien sonrió.

—Siempre tuve deseos de conocer a ese condottiero, ¿Dónde puedo da con él?

—Es... ¡es el conde de Ferblanc!

# Capítulo III

**Visitas inesperadas**

En la parte alta del río, allá donde la ciudad de Puerto Colombia iba clareándose para diseminarse en casas aisladas, erigíase una edificación cuadrada, rodeada de lujuriosa vegetación exuberante.

Había sido antiguamente morada donde los indígenas se encerraron para resistir el sitio de las fuerzas conquistadoras españolas. En su centro elevábase una alta torre también cuadrada, excelente a modo de vigía, desde la que se dominaba el mar y el ancho panorama de selva.

Por una superstición de los criollos naturales de la región, nadie quiso habitar en dicha casa, cuando los españoles la abandonaron para instalarse en la Residencia lindante con el puerto.

Decían los criollos que por las noches sin luna; oíanse los gemidos de los indígenas que se habían defendido hasta la muerte en el interior de la casa sólida y de maciza contextura.

Por esa razón, a su llegada a Puerto Colombia, el Pirata Negro no halló dificultad alguna, sino todo lo contrario, en alquilar el antiguo reducto escenario del sitio y defensa con que culminó la conquista de la región norteña del Cauca.

Los cinco piratas que le acompañaban fingiendo ser lacayos, se esmeraron en desbrozar la parte delantera del bosquecillo inculto en que se había convertido, por abandono, el antiguo jardín de la morada

Y en aquel lugar, bajo toldos de lona, daba el conde de Ferblanc sui clases de esgrima a los pudientes criollos deseosos de no desconocer el arte de los caballeros.

A su regreso de la Residencia de Intendente, Carlos Lezama encontró esperándole, a varios discípulos.

El sol estaba en su cénit, cuando Carlos Lezama, revestido de la ropa clásica de los maestros de armas mallas ceñidas y negras, desde las flexibles zapatillas de fina piel, hasta la ancha camisa blanca terminaba la última lección de la mañana.

Marcos, “El Alicantino”, el pirata de modales henchidos de prosopopeya rostro impasible y monástico, fue a cuadrarse ante el Pirata Negro.

—Una dama, señor conde—anunció, muy ajustado a su papel de mayordomo.

—Tate... ¿y qué, señor mayordomo?

—Lleva el rostro velado, señor conde, o insiste en ser recibida sin revelar su identidad. Pese a mis discretas insistencias, señor conde, la dama en cuestión ha persistido en negarse a darme su nombre.

—Eres excelente, Marcos. Si no supiera lo bruto que eres cuando te lo propones, te juzgaría el más perfecto do los mayordomos.

—Gracias, señor conde.

—¿Visita de dama reservona? Respetamos sus deseos. Mejor que aquí, ningún sitio para recibirla y el Pirata Negro señaló la ancha extensión al aire libre, donde en bancos se alineaban espadas y pistolas

Poco después regresaba Marcos, “El Alicantino”, precediendo solemnemente a una dama vestida de negro y semicubierto el rostro por un crespón del mismo color.

Llevaba en el escote un tupido manojo de jazmines.

Marcos, “El Alicantino”, esfumóse, tras un saludo muy etiquetero.

—Buenos días, señor conde de Ferblanch.

—A vuestros pies, señora.

—Carmela Olivares para serviros— y deslizó ella el velo hasta dejarlo caído alrededor de sus hombros.

—No os puedo ofrecer más asiento que un rústico banco, señora. Pero como tengo entendido que deseáis que vuestra visita sea de incógnito, excusadme si no os ofrezco la comodidad relativa de mi salón.

—Habláis un español perfecto, señor conde.

—Perdí vuestro encantador ceceo, pero conservo la gratitud de haber tenido por cepa materna entronque de raza sevillana.

—Lo percibí en vuestro continente, señor conde. Los de Sevilla tenemos un algo que consigue milagros. Uno de ellos es mi visita, No solo no os tengo miedo, sino... que vengo a visitaros, pese a la orden del Intendente que me prohíbe salir de la Residencia.

—¿Por qué habíais de tenerme miedo, señora? Yo sé que puedo experimentar esta sensación... porque confieso humildemente que, pese a adorar a mi esposa, no puedo impedirme sentir escalofríos cuando ante mí veo a una obra maestra de la naturaleza.

—¡Olé, señor! No por el piropo, sino por la gallardía del que tiene aún arrestos de caballero galante. No me comprendéis, señor conde. Necesito antes explicaros determinados secretos que no vacilaré en confiaros. Tenemos tiempo para hablar. Mi doncella vigila el camino y me advertirá si algún inoportuno se acerca. ¿Me permitís?

Sentóse ella en un banco cercano, y ante ella en pie, el Pirata Negro, interiormente sorprendido, afectó una amable actitud atenta.

—¿Habéis oído hablar de mi difunto esposo?

—He recogido la unánime opinión de que era un caballero leal, bondadoso y bienamado de todos los naturales.

—Así era. Y de mí, ¿qué os dijeron?

—Que él os adoraba y que vos le hacíais dichosa la existencia.

—¿Nada más?

—Los comentarios ácidos no los escucho en otros, porque sólo me los permito yo cuando conozco los hechos y ante el propio interesado. Aunque, creedme si os digo, que practico una gran tolerancia.

—Necesito, pues, intentar que me creáis. Es extraño, señor... conde, pero me disgustaría que, extraviado por falsos juicios de envidiosos y calumniadores, os formaseis un nial concepto de mí. Me casé con el vizconde prometiéndole fidelidad, y cumplí cariñosamente porque por bueno le profesé inmenso afecto. Él fue el primero en adivinar que mi corazón pertenecía al capitán Gundemaro Liaño, de la guardia real. No me lo echó en cara porque en nuestro contrato matrimonial aporté yo la franqueza de decirle que le pertenecía par entera menos con amor pasional. No hubo ni ha habido entre el capitán y yo la menor actitud que fuera escarnio o deshonra para mi esposo. El sabía que nos entrevistábamos, pero amistosamente, como compañeros y que no era culpa nuestra si un

más dulce sentimiento se albergaba en nuestras corazones. ¿Me creéis?

—Os agradezco estas confidencias, señora. Y os creo... Aunque ignoro el alcance de vuestra relación

—Era necesario. Mi marido depositó en mí tal confianza, que ingenió un medio para que yo pudiera saciar mi natural curiosidad y él ahorrarse el tenerme que contar los prolijos asuntos que le ocupaban enteramente todas las mañanas y muchas veces tardes enteras. Vos conocéis el despacho del Intendente ¿no es así?

—Esta mañana tuve el honor de ser recibido por el nuevo Intendente en audiencia privada y tuve el privilegio de cruzarme con vos en el umbral.

—Ah... ¿me visteis? No lo pareció —dijo ella, con espontánea coquetería.

—Las apariencias engañan.

—¡Eso digo yo! Me refiero a Josefín... Finge una gran franqueza y es un taimado hipócrita. Pero dejadme ordenar mis razones por haber venido a veros. Es complicado. Bueno, como os decía, mi marido ingenió un procedimiento divertido para que yo, sin ser vista, pudiera presenciar lo que sucedía en su despacho. ¿Visteis la gran araña de cristal que pende del techo, justamente sobre la mesa?

—Hermosa luminaria digna de la palaciega residencia.

—En el rosetón donde se une al techo, hay un calado. A través de él, aunque en incómoda postura porque hay que tenderse en el suelo, yo fisgoneaba Y mi marido acogía con agrado mis particulares comentarios sobre cuantas visitas recibía y cuanto en ellas se trataba. Sin jactancia, creo que muchas veces pude ayudarle... Y sabéis que cuatro ojos, enjuician mejor que dos, por agudos que sean.

—Con el complemento de los vuestros, los de vuestro esposo debieron hallar muchas facilidades en el desempeño de su arduo gobierno.

—Eso me decía él. Lo cierto es que mi observatorio me permite saber mutilas cosas. Anoche, mientras Josefín hablaba con el barón y con el capitán Liaño, asistí a cuanto allí se dijo. Vi, estremecida de horror, cómo disparaba contra los dos criollos. No ignoro que ambos merecían mil muertes, porque no habiendo recibido más que

favores, les pagaban con traición, intentando soliviantar a los caucanos. Pero... matarlos así a sangre fría, sin formación de causa... ¡Oh, bueno, perdonad! —y deslizó ella una mirada inquieta hacia Carlos Lezama— Comprendo que muchas veces la ley es absurda porque hace agonizar a condenados a muerte y es quizá, mejor ajusticiar pronto y rápido.

—Posiblemente, así es señora. Proseguid, que vais interesándome mucho. Os lo aseguro.

—Esta mañana..., apenas se terminó la audiencia pública, corrí a mí observatorio. Y se habló de vos, señor conde. Resulta que... el barón os ha reconocido... porque hay una descripción completa y detallada de vuestras facciones, porte, actitudes... Lo cierto es que, complementando los informes que le iba detallando el barón, Josefín sabe... ¡sabe que sois el Pirata Negro!

Y la sevillana, aunque algo inquieta, respigó a sus anchas al terminar su precipitada revelación.

Carlos Lezama inclinóse en leve reverencia.

—Fui presintiendo vuestra revelación, señora. Y agradezco que no sea tan mala mi fama, porque me ha permitido besar la diestra de valiente y leal dama.

Ella miró el dorso de su mano recién besada, y sonrió.

—Cierta es la fama, señor pirata. Galante y caballeresco. Por eso... ¡por eso no quiero que os ahorquen!

—Yo tampoco lo quiero, señora. Pero vuestra generosa advertencia os ha puesto en peligro. Si el Intendente supiera que vos habéis venido a poner sobre aviso a un pirata fuera de la ley...

—El mismo barón, magistrado que tiene por almohada un código, parecía lamentar que hubieseis elegido esta región para residir. Vino a decir más o menos que hubiese preferido que os ahorcaran en otro sitio.

—Amable deseo que le tendré en cuenta, porque significa que le repugna tal cometido.

—Y ahora viene lo extraño... El barón propuso que el capitán Liaño y veinte hombres de su guardia vinieran a detenernos.

—¿Un bravo capitán y veinte soldados? ¡Cuánto honor!...

—Es que teme el barón que vos hayáis venido con vuestros piratas, y que éstos estén ocultos en la casa, donde dicen que hay subterráneos.

—Antes os creí cuando me confesasteis espontáneamente la pureza de vuestra relación con el capitán Liaño. Creedme vos ahora, si, con la misma espontaneidad, os declaro que no hay más piratas que yo y mis cinco hombres aparentemente servidores. Vine aquí en busca de hogar para mi esposa e hijo. Veo que no puedo lograrlo. Pero perdonadme este sincero desahogo de amargura. Dijisteis que ahora venía lo extraño...

—Cuando el barón propuso vuestra captura por veinte soldados, Josefín se opuso. Dijo que personalmente vendría a visitaros esta tarde. Él solo y sin escolta ¿No os causa extrañeza?

—No en demasía. Creo que el que vos llamáis Josefín en mérito a su fama, es valiente. Y sería un nuevo lustre que añadir a los bien ganados, el poder decir que solo y sin ayuda capturó al Pirata Negro. Honrillas de valentones, ¿sabéis? La misma que yo tengo en que ni aun todo un Josefín pueda jactarse de haberme apresado. Pero, por vos, os prometo que, salvo el peligro extremo no quiero jactarme de haber terminado la carrera de un bravo español.

—¿Por qué por mí?

—Nunca debe poder decirse que una española ayudó noblemente a un pirata, convirtiéndose inconscientemente en conspiradora, ya que con ello perdió a un Intendente español.

—También vos sois español..., y sevillano por añadidura, con lo cual se os consideró un brioso pirata digno de ser Superintendente General de todas las Indias.

Volvió a inclinarse el Pirata Negro para besar la diestra de la agradable sevillana.

—Me conforta ver de vez en cuando que soy muy sensible al halago de unos deliciosos labios. Tranquilizaos señora: ¿nadie sabrá que habéis venido?

—Nadie. Ni vos mismo—y rió ella, levantándose—. Deploro que tengáis que marcharos, amigo mío. Os llamo así porque, de ahora en adelante, sé puedo contar con vuestro buen recuerdo.

—Permitidme añadir algo más, señora. No soy dado a exageraciones, deseo, y si algo a ello se opusiera, intentaré devolveros la gran merced que me habéis hecho.

—¡Oh, bien!... No exageréis... Quizá si no hubierais sido tan buen mozo, yo no me hubiera arriesgado.

—Aunque viejo y achacoso me hubierais visto, también habríais

acudido. Hay una cosa, señora, que, por más esfuerzos que hagáis, nunca la podréis ocultar.

—¿Cuál?

—La bondad excelsa de vuestro corazón.

—Adiós, señor Pirata Negro. Podéis decir a vuestra esposa que contáis con una admiradora más.

—De lo cual ella se enorgullecerá mucho… y yo también. Adiós, doña Carmela, y que pronto los jazmines de Sevilla besen con su aroma el nardo de vuestra tez.

—Pirata, sevillano y conde… ¡Jesús, señor!… ¿Por qué no os conocí antes? Adiós…

Marchóse ella, con alegre sonrisa. Pasadas unos instantes, el Pirata Negro llamó:

—¡Marcos!

El presunto mayordomo demostró la agilidad de sus piernas, sin perder por ello un ápice de su dignidad envarada cuando fue a detenerse ante el Pirata Negro. Veíase que le, encantaba el dar el justo realce a las ropas que vestía.

—Tiberio, el soriano, y Sebastián el vasco, prestos a escoltar a mi esposa y mi hijo hasta la lancha. Que allí aguarden hasta la media noche. Nosotros cuatro nos reuniremos con ellos. Ordena a tus dos restantes compinches que monten vigilancia por los alrededores de la bahía mientras en ella esté la lancha. Tú conmigo, que para eso eres el mayordomo…, que muchas veces es el que recibe las bofetadas cuando también las recibe su dueño.

—Gracias, señor.

—A media tarde recibiré una inesperada visita. Para nada intervendrás. Tu misión se reduce a irte, quede en pie, tambaleando o caído. Es orden. Quien solo me visita, pudiendo hacerlo acompañado, solo ha de irse.

Y recuerda, valiente, que sobre todos vosotros pesa una promesa. Aquel que, después de muerto yo, desobedeciera una orden mía, no tendrá sueño tranquilo, porque iré a turbárselo. Ahueca, valiente.

La serenidad de Mireya de Ferjus no se alteró cuando respetuosamente y con rostro contrito fue Marcos a comunicarle las instrucciones del Pirata Negro que a ella se referían.

Limitóse a decir:

—No os apuréis, señor Marcos. A solas "él" vencerá toda dificultad, porque no entorpecerá sus movimientos el lastre de pensar en el peligro que pudiéramos correr yo y su hijo.

* * *

A las tres de la tarde, un caballo briosamente conducido al galope se encabritó en brusca detención ante la entrada a la casa de la alta torre.

José Camporro saltó al suelo, y, atando las bridas a un poste junto a un abrevadero, avanzó con recia pisada, flotante al hombro la media capa.

Tras uno de los bancos del espacio destinado a sala de armas, Carlos Lezama estaba, al parecer, revisando pistolas.

José Camporro acercóse, acompañado por el tintineo de sus armas.

—Buenas tardes, señor conde.

—Buenas tardes, Ilustrísimo.

Y el Pirata Negro, en atuendo de maestro esgrimista, imitó el gesto con que el asturiano acababa dé cruzar los brazos.

—Confesad que no esperabais una visita tan repentina.

—Un honor que me hará ser envidiado por muchos.

—Os sorprendo en plena infracción de mi bando, pregonado a partir del mediodía.

—¿Cuál?

—La horca acecha, señor conde...

—¿A quién, Ilustrísimo?

—Al que... al que no siendo de la Guardia Real porte armas o las oculte. Y hay aquí muchas.

—No las porto ni oculto. Y si se las quitáis a un maestro de armas, que, en duelos inofensivos, se gana con ellas la pitanza, le quitáis también el pan de la boca.

—Tenéis una profesión muy acorde con una posible conspiración. En un instante podéis dotar de armas a los rebeldes.

—Si creyerais en mi palabra, os repetiría que no vine a Puerto Colombia a conspirar.

—¿Por qué no he de creer en la palabra de todo un señor conde de Ferblanc?

—Lo soy.

—Mostradme vuestras credenciales.

—¿Qué entendéis por credenciales?

—Yo mismo, siendo Josefín, tuve que mostrar al barón Relator cuantos documentos me identificaban como tal José Camporro. Comprended que, siendo tan fácil adoptar un condado, poseyendo inteligencia y buenos modales, mi petición es justa.

—Como tal la considero, pero se da el caso de que aun no estoy en posesión de los documentos que dan fe de mi palabra. Envié un emisario a recogerlos a la dulce Francia, pero aun no ha regresado.

—Una negligencia que tendré que cargar a cuenta del Relator. Me atrae aquel banco y aquella silueta, señor conde.

—En ella ejercen su puntería mis discípulos, ilustrísimo.

—Mutuamente hagámonos una concesión. Llamadme Josefín, y permitidme que os llame..., ¿cuál es vuestro nombre de pila?

—Carlos.

—Nombre de emperadores y reyes. Esta mañana, sin darme cuenta de ello, y guiado tan sólo por mi percepción, dije algo que era profético. ¿No recordáis, Carlos?

—Dijisteis muchas cosas instructivas, Josefín.

Ambos mirábanse atentamente, con amable recelo.

—Me gustaría probar vuestra silueta.

—Estáis en vuestra casa.

José Camporro acercóse al banco sobre el que una decena de pistolas se alineaban. Junto a él colocóse el Pirata Negro.

Señaló el asturiano la silueta humana recortada en madera que, veinte pasos al extremo de la alameda, daba frente al banco.

—¿La renováis a diario?

—Mi mayordomo la pule y alisa después de cada sesión. Aunque tiene poco trabajo, porque reconozco que los que acuden a tomar lecciones necesitarían la silueta de un rinoceronte para poder acertar

—Buenas pistolas. Tenéis buen ojo para seleccionarlas...—y el asturiano cogió una de ellas.

El Pirata Negro cogió otra, y, al igual que su visitante, pareció sopesarla, dirigiendo el cañón hacia la silueta de madera.

—Todas ellas son iguales.

—Y previsoramente cargadas. Debéis ser buen tirador, ya que clases dais. ¿Conocéis el tiro de favor?

—Inutilizar momentáneamente sin malherir. Generalmente en

las regiones sebáceas, tales como la pantorrilla o el alto del hombro.

—También es tiro peligroso, porque sólo lo puede disparar un hombre dotado de la mejor de las punterías. Tengo tiempo para perder, y quiero probar quién de los dos puede, dar clases al otro.

Partió el disparo de la pistola que el asturiano empujaba, a la vez que decía:

—Tiro de favor.

En la silueta una astilla saltó a media pierna derecha. Casi en eco al primar disparo, otra astilla saltó a media pierna izquierda.

Con la pistola humeante en la mano, contempló Camporro la humeante boca del cañón del arma empuñada por el Pirata Negro.

—Sois buen maestro. Sabéis que es descortesía permanecer con un arma cargada junto al que acaba de vaciar la suya—y Camporro depositó la pistola descargada, cogiendo otra.—Vuestra silueta es perfecta. Carlos. Tiene dos rostros.



*—Sois buen maestro...*

—El de perfil sirve para los discípulos aventajados.

—Nada hay más difícil que acertar una nariz desde veinte pasos. La vuestra es aquilina, corva, de ave de presa. La de la silueta es larga y débil. Casi me avergüenza hacerla saltar...

El disparo del asturiano astilló la nariz de la cabeza de madera que aparecía de perfil.

—Queda un resto—y el disparo del Pirata Negro acabó de

suprimir la nariz de la silueta.

—¡Zambomba! Disparáis como un... buen luchador, Carlos.

—Si no puedo superaros, dejadme al menos que os iguale, Josefín.

Volvióse el asturiano de espaldas al banco, cruzados los brazos de nuevo.

—¿No alarmarán los disparos a vuestra señora esposa, que aun no tengo el honor dé conocer?

—Deploro no poder presentárosla. Ella, mi hijo y mis cuatro lacayos partieron al Este. Unas breves vacaciones.

—Entonces, aparte vuestro mayordomo, ¿estamos solos?

—Mi mayordomo cuenta tanto como vuestro caballo. Estamos solos.

—Buen lugar. Nadie puede oír cuanto decimos. Esta mañana dijisteis que os podía ir mejor de la que os va. Os referíais, sin duda, a dificultades de orden económico.

—Más bien de orden moral.

—¡Ah!... ¿Entendéis de moral?

—Tengo una a mi medida. Actualmente, quisiera aspirar al derecho de poder vivir en paz.

—No podréis nunca vivir en paz, Carlos. Recordad lo que os dije esta mañana a propósito de una semejanza entre nuestros dos caracteres.

—¿Desesperado, condottiero, hombres que sólo son felices en ambiente de lucha e ilegalidad y revuelta? Vos sois un luchador que reprime las ilegalidades y Revueltas.

—Como vos sois, por el instante, maestro en armas, con gran maestría y abundantes armas. Es circunstancial. Carlos... Perdón, creo que no me dijisteis vuestro apellido.

—Lezama.

—¡Zambomba!... — y el asturiano sonrió amistosamente. Casi parecía que estaba gozando infinitamente—. Un apellido poco sevillano. Tengo la vaga impresión de haberlo oído antes de ahora. Bien, púes como os decía, vos y yo no estamos hechos para vivir rastreramente.

—¿Ser Intendente es rastrera existencia?

—Es circunstancial. Fijaos en mí, Carlos Lezama... Es curioso, pero tengo la impresión de que he oído esos dos nombres antes de

añora. Bien, pues fijaos en mí. De porquero he llegado a Intendente provisional. ¿Cuál es mi recompensa? Una paga mensual, y un retiro cuando, mis huesos giman bajo la mordedura del reuma. ¿Cuál será vuestra recompensa por ser maestro de armas? Algún discípulo torpe os perforará... Siempre en la brecha, exponiendo nuestras vidas. ¿No sentís ambición alguna? Si estuvierais en condiciones de poseer en breves momentos una gran fortuna, ¿dejaríais pasar la ocasión?

—Depende, según, cómo y cuándo.

—Sí, cierto que sí. No basta planear, sino que es preciso asegurarse una retirada. Ese es el secreto de toda estrategia. Veamos, señor conde de Ferblanc, ¿qué opinión tenéis de los ladrones?

—¿Quién no roba algo en esta vida? Corazones, bolsas, renombres, fruta, peces...

—¿Y qué opinión tenéis de los piratas?

—¿Y vos?

—Depende, según, cómo y cuándo. Hay piratas que son despreciables. Otros hay que pueden codearse conmigo. Perdón. Sin querer os empujé con el codo. Creo que la unión de un ladrón y un pirata sería una buena base para un cordial regocijo mutuo.

—¿Quién es el ladrón?

—Yo—replicó Camporro.

El asturiano rió ampliamente. Pero de repente ensereció el semblante.

—¿Puedo ahora yo preguntar quién es el pirata?

—Yo—replicó Carlos Lezama.

—Carlos habla con Josefín. Supongo que os habréis dado perfecta cuenta. El Intendente es algo circunstancial, así como el maestro de armas.

—Escucho con suma atención, Josefín.

—Esta mañana oí enumerar ciertas cualidades de un tal Carlos Lezama, apodado el Pirata Negro. Como yo, pero en otro aspecto, tiene él fama legendaria. Si hubiese sido un Intendente como otros, a estas horas estarías entre cuatro muros de mazmorra y mañana al amanecer redoblarían los tambores con parches negros, en son de luto por un pirata español.

—Muchos redobles he oído... y sigo en pie.

—Fue afortunado nuestro encuentro, Carlos. Tú necesitas de mí y yo de ti.

—O mucho rebajas al Intendente o mucho elevas al pirata.

—De todo hay. Escucha, Carlos. Este siglo es el de los embaucadores. Oyes pregonar buena fama en quien no es digno de ella. Oyes alabar a bandidos que se amparan bajo virtuosos socaires sociales. Oyes calumniar a mujercitas que no tienen más que exceso de alegría y ruiseñores en el seso. A mí me acecha un mal premio. Hasta hoy he sido el hombre duro y justiciero que los altos poderes emplean para que se juegue el pellejo en mayor honra de otros que recogen el premio. Día llegará en que, si no he robado, el rumor popular me lo atribuirá. Todos estos pensamientos me asaltaron allá por Nochebuena. Estaba yo en el campamento del afluente del Magdalena, distante un centenar de leguas de Puerto Colombia. Y de repente oí la genial llamada de la razón práctica. Te contaré luego cómo realicé prácticamente mi provecto. Todo estaba bien previsto. Sólo faltaba un detalle: la retirada del ladrón. Yo no quería ser un ladronzuelo pobriño e hipócrita royendo migajas.

—Como el César: o todo o nada.

—Casi, casi... Pero faltaba un detalle. Tenía que madurar sobre el mismo terreno de la operación la retirada. Y eso era lo difícil. Ha sido afortunado nuestro encuentro.

—¿Fraternidad de ladrones?

—O de piratas. Pero también circunstancial. Cuando te haya expuesto la magnitud de mi plan, verás que circunstancialmente dejarás de ser pirata cuando te convenga, para convertirte en rico hacendado, en cualquier hacienda europea, lejos de las garras coloniales o españolas. En cuanto a mí, dejaré de ser... ¡aquello!—y bruscamente señaló el asturiano la silueta de madera.

—Pero dejarás de ser el elogiado Josefín.

—¿Te elogian, acaso, por ser el caballeroso pirata?.. Te buscan para ahorcarte. ¿Crees que hallarás hogar y paz en tierra honesta? Tu pasado de pirata, aunque nada tenga que reprocharse en conciencia, es lastre que no te permitirá redención. Gracioso destino... Tú y yo vamos a ser los únicos conspiradores... No contra España, sino contra sus arcas.

—¿Necesitabas mi complicidad?

—El botín es mucho y harto pesado. No me creas ingenuo.

—No cometeré tal torpeza.

—Aun a regañadientes, los mismos representantes de la ley admiten que nunca hubo delación ni traición en tu carrera. Eres el “caballero pirata”. Lo que tienes de caballero te impedirá delatarme o traicionarme. Lo que tienes de pirata viene de perlas, para que juntos llevemos a buen fin mi proyecto.

—¿De qué se trata?

—Es de una sencillez pasmosa, aunque para su realización hacían falta dos bases fundamentales: mi reconocida probidad por encima de toda sospecha y mi actual disposición a cambiar toda mi fama de honestidad por una gran fortuna. Factores accidentales han sido la muerte del vizconde de Lemos, por lo que he sido llamado para desempeñar este cargo, y tu presencia.

—¿Acaso tu orden de desarmar es para intentar el saqueo de una población indefensa prestándote yo la ayuda de mis piratas?

—Eso no sería digno ni de ti ni de mí. Lo que obtuviéramos no vale la pena de perder nuestra mutua fama. Es algo muy superior. ¿Conoces la costumbre del cómputo anual de caudales dé las Indias?

—Todos los virreinatos, al llegar las postrimerías de año, encierran en arcas cuanto oro y piedras preciosas han sido recogidos en minas, y, añadiendo a esto los tributos, retinen inmensas cantidades que, desde diferentes puertos, pasan a bordo de galeones, los cuales, bien escoltados, y en compacta formación, emprenden sin peligro la marcha hacia España, donde entregan los caudales. Nadie puede atacar esta flota, porque se necesitaría una escuadra de medio centenar de barcos, y es imposible reunirlos en el Caribe dadas las disensiones y rencillas entre los piratas.

—Has descrito bien la situación. Este año, cuantos caudales han sido recogidos en los departamentos del Cauca y Magdalena, han sido trasladados en arcas a la Residencia de Puerto Colombia. A mediados de este mes pasará por Puerto Colombia la flota entera de los galeones, en su último recorrido. Vienen a cargar el último tesoro… Y he decidido que éste sea mío. Me lo otorgo como recompensa a mis servicios. Tenía planeado comprar los servicios de algún patrón de barco, pero era arriesgado. Queda a merced de una delación o traición. Tú, si me, das tu palabra, no faltarás a ella.

—¿Cuál ha de ser mi cometido?

—Anclar tu barco en paraje que yo te señalaré, y destinar unos cuantos de tus hombres a transportar a bordo de tu velero las muchas arcas de peso considerable, que nos harán inmensamente ricos para el resto de nuestra existencia.

—Realmente robar a la rica España no es delito. Para las arcas de nuestro ricachón de rey la ausencia de los bienes de Puerto Colombia no representará nada. Y, en cambio, para ti y para mí sería, como dices bien, una inmensa riqueza. ¿Partes?

—Un tercio para ti; los otros dos, para mí.

—Aceptado. Nunca robé a España, pero tú tampoco. Si un Josefín se convierte en revientacofres, también puedo yo en consideración a la magnitud de los cofres, incurrir en la ira española.

—Más pierdo yo, porque tú, al fin y al cabo, pese a toda tu caballerosidad y aunque tuvieras deseos de convertirte en monje, serías ahorcado.

—¿E1 acceso al depósito de las arcas tiene muchos obstáculos?

—Ninguno. Sólo Gundemaro Liaño, el capitán, y yo, tenemos las llaves de la sala donde las preciosas arcas esperan ser transportadas junto a las demasiado rebosantes de nuestro buen Rey. Desde este instante, firmado verbalmente entre ambos un pacto de hombría, existe entera confianza. Yo no tengo más que un rostro, y si me he decidido a dar este paso, ha sido porque me consta tu indudable lealtad a cualquier trato. Entre ambos no cabe engaño.

—Tú lo has dicho. Entre ambos no cabe engaño.

—Empieza esta noche a trabajar. Manda aviso a tus hombres, para que dentro de cuatro noches esté el velero anclado en la cala sur de Santa Marcia. Elige los ocho más atléticos.

—¿Cuántas arcas y arcones hay?

—Veinticuatro arcones y doce arcas,

—Necesitaré, pues, también agenciarme cuatro carromatos bien tirados, y necesito una autorización tuya como intendente para poder penetrar en los jardines de la Residencia, al frente de la expedición.

—Firmarte una autorización sería un riesgo inútil. He pensado algo que mejor te facilitará la labor. Yo de ti no necesito la fuerza, sino el transporte seguro. Me encargo de inutilizar la guardia entera, narcotizándolos.

—Todo irá, pues, sobre ruedas. Botín y labor.

—Volveré a visitarte dentro de tres días. Pacto y choca.

Y el asturiano, sonriendo, tendió la diestra, empleando la fórmula piratesca de ultimar un convenio.

—Pacto y choca. Muerte a horca— replicó Lezama, añadiendo el resto de la fórmula, que significaba que la traición tendría su castigo.

—Eso es. Muerte a horca para el traidor. Por suerte, entre ambos, la segunda frase no ha de tener confirmación. Hasta pronto.

—Hasta siempre.

Dirigióse Josefín al lugar donde su caballo pacía, y. montándolo, agitó la mano en señal de despedida. Hizo caracolear el hermoso potro blanco, obligándole a alzarse de remos delanteros.

Y partió como una exhalación.

# Capítulo IV

**Maquiavelo**

Entrando en su despacho, José Camporro paseóse unos instantes ante los estantes de la biblioteca.

Sus dedos acariciaron el lomo de un grueso volumen donde en letras de oro aparecía el nombre del autor: “Maquiavelo”.

—Urdías bien, pero te limitaste a escribir lo que tramabas— comentó en voz baja—. Te ganaré, florentino, porque en provecho mío sacaré fruto de tus enseñanzas. La principal de las cuales puedo resumirla así: “Explota las caballerosidades ajenas, sirviéndote de ellas, bajo tu propia apariencia de viril caballerosidad y fidelidad en tus tratos”.

El ujier anunció:

—El señor barón Relator.

Perdomo Alba, bajo la angustia de no progresar en sus investigaciones conducentes a descubrir el autor o autores de la muerte del anterior intendente, se sentó ante la mesa-despacho a una señal del asturiano.

—¿Cuál es vuestra mejor sombra, barón?

El aludido, perplejo, avanzó levemente el busto, como un sordo que se excusa de no haber podido captar las palabras.

—¡Zambomba! No me hagáis creer que ignoráis la utilidad de esos escurridizos personajillos que saben adherirse como sombras a un vigilado sin que éste se dé cuenta.

—¿Os referís a agentes espías, ilustrísimo? Los tengo.

—Necesito al mejor de ellos, y al que en méritos le siga. Porque ardua será su misión y pueden perder la vida. Pero al servicio de la pataca no hay mejor recompensa que morir. Uno sólo, no nos serviría. Los dos, complementándose Pero actuando separadamente,

no nos harán perder la pista del que me interesa sea vigilado estrechamente.

—Deduzco, Ilustrísimo, que no habéis decidido la captura inmediata del Pirata Negro.

—Ahorcarle, no basta. Hay que extirpar las raíces. Para ello, necesito calzarme el galardón de que ha sido mi bota la que ha pisoteado hasta el último brote de los piratas españoles del velero "“Aquilón”. Me temo que sois un ingenuo, barón. ¿Para qué creéis que ha venido aquí este jefe pirata, amparándose bajo un título y un aparente oficio pacífico?

—Asaz osados son los tales. Pudiera ser, Ilustrísimo, que planeara el saqueo de la ciudad; y hubiese venido en calidad de ojeador, para tomar medidas conducentes a su fin.

—Es posible. No sois tan ingenuo como creía, barón. ¿.Qué conseguiríamos con hacerle ahorcar ahora? Seguiría libre su velero y su tripulación. Finjamos vos y yo no conocer su personalidad. Sigamos tratándolo como a tal conde de Ferblanc. Llegado el momento si es estrecha y cuidadosamente vigilado, podremos hacerle dar el último tropezón, y Puerto Colombia tendrá el blasón de ser la ciudad donde, gracias a su Relator, terminó la carrera del Pirata Negro y sus huestes. Tomad, pues, medidas para que al anochecer dos espías se dispongan, bien montados, a vigilar cuantos pasos dé el Pirata Negro. No les digáis que se trata de tal pirata, sino, simplemente, de un aventurero francés. Pero advertidles que es muy experto, y que si les descubre pisándole los tacones, mal fin les espera, y peor fin les destino yo si fracasan. En cuanto a vos barón, el feliz triunfo en este asunto os valdrá una nueva encomienda, con la que adornar vuestra casaca. ¿Qué hay de vuestras investigaciones?

La satisfecha sonrisa con que el extremeño acogió el anuncio de una nueva condecoración truncóse por una expresión consternada, al oír la brusca presunta.

—Cuantos más esfuerzos hago, Ilustrísimo, más me hundo en las tinieblas de la nada. Van siendo interrogados por mis coadjutores cuantos criollos puedan parecer sospechosos, pero hasta ahora todos presentan pruebas cuya buena fe es indudable, demostrando que la noche del crimen hallábanse lejos de las alcobas residenciales.

—Triste es llegar a la conclusión de que este crimen fue

cometido por alguien conocedor de la topografía de la residencia, y con fácil acceso a ella. Otro asunto que yo os resolveré, y como estoy muy por encima de necias recompensas, también por su resolución os concederán honores. Para vos toda la gloria, que a mí me sobra con la del soldado. Id a preparar el ánimo de vuestros dos espías. A la vez, avisad al capitán Liaño de que me complacerá verle inmediatamente.

Cuando se hubo ido el barón, José Camporro miró hacia el techo en gesto que no tenía más finalidad que abismarse en la propia contemplación de su interior regocijo.

Considerábase próximo al triunfo sazonado de su magnífico—plan, donde cuatro personas eran manejadas por él como marionetas.

La enorme araña de cristal y el calado del techo eran obras suntuosas. Respiró satisfecho. Seguiría siendo Josefín, el héroe legendario, y a la vez obtendría una considerable fortuna, sin la menor mácula para su proverbial honradez.

El capitán Gundemaro Liaño fue a cuadrarse ante el intendente, quien le miró afectuosamente.

—Siéntate, Gunde. Mal que me pese debo ponerte en antecedentes de noticias poco gratas. No es mucho el tiempo que te conozco, pero me basta una ojeada para reconocer inmediatamente el buen material. Tú eres un caballeroso mozo, pero.., pecaste de imprudente, Gunde. Yo te creo. Sé que nada hubo pecaminoso entre tú y la viuda. Pero para todos los demás es público y notorio que os amabais. No podrán creer en la patraña de que os reuníais por la noche para mirar las estrellas, hablar de vuestros terruños, sin ofender para nada al vizconde. La humanidad es mala, Gunde. Para unos pocos como tú y yo, machos ante todo, los demás son enrevesados sujetos de mente torcida. Doloroso es mi cargo, que me impide oír las voces de mi simpatía. Debo ser rígido, Gunde. Lo siento, pero tu amor sufrirá un rudo golpe, al saber que Carmela Olivares será encarcelada como responsable de la muerte de su esposo.

Levantóse lívido y demudado el capitán, echando hacia atrás el.sillón.

—¡No puede ser, señor! Ella es inocente...

—Para ti y para mí, Gunde, pero no para la opinión pública, que

exige el castigo. Cualquier juez imparcial la acusará. No hay remedio, Gunde. Ya conoces el trámite. Ella negará, la pobriña... Le aplicarán tormento. Tendrá que confesar bajo el tormento... Triste sino el de miembros tan estatuarios quebrándose en la rueda...

—¡No!... ¡Ella, no!...—y anhelosamente el joven capitán juntó las manos—. ¡Dejadla partir, señor!

—No puedo, Gunde. Me acusarían de complicidad. Es un triste deber el que me veo obligado a realizar. Nada puede impedir la muerte en la hoguera de la esposa que, para satisfacer su amor, mató al que le impedía ser feliz.

—Pero... ¡eso es falso!

—Lo sé, pobriño. Y comparto tu aflicción. Pero con muchas menos apariencias en contra han sido ajusticiados seres que...

—¡Antes que ella sufra el menor daño, yo...! ¡Yo me declararía culpable del asesinato, si ella fuera encarcelada!

—Tardío aunque galante sacrificio, Gunde. Sólo lograrías acompañarla en la muerte. Dirían que fuiste su cómplice.

—Entonces, señor..., ¿.qué hacer?— y Gundemaro Liaño retorcióse las manos, excitado.

—No debiste enamorarte, Gunde. Pide traslado. Yo lo aceptaré y te enviará a un destacamento del interior donde...

—¡Nunca! Eso sería cobarde. Abandonarla... Escuchad, señor. Tos sois bueno conmigo. Si yo firmase una declaración confesándome autor de la muerte del vizconde, ¿sufriría ella algún daño?

—Naturalmente que no... Pero no puedo aceptar que te entregues al sacrificio para contentar la pública opinión.

—¡Aceptad, señor! Y lo que de vida me reste lo pasaré bendiciendo vuestro nombre.

—No puedo, Gunde. Verte morir por mi delito que no has cometido, sería un tormento moral para mí.

—Si ella muere, señor—y los ojos del capitán se cerraron, bordeadas las pestañas por lágrimas—, yo me consideraría el autor de su muerte. Ya que no debí... ¡no debí amarla! Señor, dejadme escribir la declaración. La entregaré al barón... y dejad que ella parta a Sevilla, ocultándole mi decisión. Cierto estoy que, si lo supiera, querría compartir mi suerte. No lo consintáis. En vos confío.

José Camporro levantóse, y su astuta mente supo inspirarle el gesto adecuado. Se cuadró, y tendió la diestra.

—Porque eres un bravo soldado, y tu gesto es digno de un héroe romano, tengo que aceptar. ¡Capitán Liaño! Ni horca ni hoguera. Cuando estéis en celda, ya os haré llegar una pistola. Sólo el plomo y la pólvora tienen derecho a dar muerte a un valiente. Id, y pedid el secreto al barón. Al menos, que vuestra adorada no sepa el sacrificio, y parta dichosa. Creedme, lo hago así porque también sé que ella no intervino para nada en la muerte del vizconde. Pero contra ella se acumulaba tal cantidad de apariencias, que consideré mi deber advertírtelo. Si he faltado en algo, mi conciencia de soldado nada me reprocha. Y cuando pasen los años, capitán Liaño, os recordaré siempre como el héroe que por un digno amor supo salvar la honra y la vida de una mujer, sacrificándose. Adiós.

—Puedo... solicitar un último favor?

—A mis brazos, Gunde—y el asturiano, adelantándose, estrechó entre sus atléticos brazos al afligido capitán—. Pide cuanto quieras, que en nombre de tu honor y valía, todo tiene eco en mi corazón de soldad».

—Dejadme que me despida de ella. Después iré a entregar mi espada al barón. Pero lograd que éste nada diga, hasta que embarque Carmela. A ella le diré que voy al interior.

—Pacto y choca—dijo el asturiano—. Vete tranquilo que nunca falto yo a una palabra.

Cuando salió el capitán Liaño, quedóse Josefín mirando la puerta. Después su vista desvióse hacia el estante de la biblioteca donde las letras doradas le recordaban la máxima:

“Explota las caballerosidades ajenas, sirviéndote de ellas, bajo tu propia apariencia de viril caballerosidad y fidelidad en tus tratos.”

* * *

Carmela Olivares, tendida sobre la mullida alfombra y apoyados los antebrazos cruzados sobre un almohadón, veía y escuchaba a través del calada que en el suelo le permitía asistir a la conversación entre el asturiano y el barón.

Cuanto hablaron no la alarmó. Confiaba en que el Pirata Negro se libraría fácilmente de la emboscada.

Cuando entró Liaño, y a medida que avanzaba la conversación, sintió ella impulsos de ponerse en pie y, corriendo, irrumpir en la

sala del piso inferior.

Iba dándose cuenta del artejo propósito de Josefín, que, valiéndose de la nobleza de carácter del joven capitán, emplearía el sacrificio del oficial para dar por terminada una de las misiones que le habían sido confiadas.

Oyendo las palabras del oficial, sintióse acongojada, y cuando éste se despidió del intendente, ella corrió hacia su alcoba, donde con polvos reparó los efectos del llanto en sus mejillas.

Dominóse cuanto pudo, y al anunciarle la doncella que el capitán Liaño deseaba ser recibido, estaba ya aparentemente normal, aunque su corazón latiera aceleradamente.

Supo forzar una sonrisa natural, cuando el capitán, inclinándose, besó con fervor su diestra.

—¡Jesús, mi doncel, qué beso más caluroso! Tenéis fiebre?—rió ella—. A riesgo de que me contagiéis, os permito que as sentéis a mi lado.

Obedeció él, aparentando un buen humor que estaba muy lejos de sentir.

—Vengo... a comunicaros nuevas, señora.

—¿Gratas?

—En cierto modo, sí. Guando lleguen los galeones que han de recoger las arcas del Caudal de Indias, vos embarcaréis. Como convinimos, me reuniré con vos en Sevilla tan pronto obtenga la licencia. La obtendré más rápidamente si hoy mismo parto hacia el interior, a incorporarme a un destacamento, como simple oficial. Aquí..., ocupando el cargo de capitán de la Guardia Real, tendría que esperar relevo. En cambio, me será más pronto concedido el permiso de embarque si soy simplemente oficial al mando de sección. Abundan oficiales para tal cometido. ¿Qué os parece?

—Es separamos antes de tiempo... ¿Por qué tantos miramientos? Siempre tuve un carácter dado a romper con todo lo convencional. Huyamos juntos, amigo mío. Partamos y no esperemos más.

—Imposible—replicó casi con sequedad el oficial.

—¿Por qué?—preguntó ella.

—Sería mal interpretada nuestra huida. Podrían decir que temíamos... que la pública opinión... En fin, no podríamos vivir en región alguna. Nos creerían culpables... No, no. Todo está arreglado de la mejor manera. Vos embarcaréis, y yo pronto obtendré licencia

para reunirme con vos. Y dure cuanto dure la separación…—truncóse la voz del oficial—, siempre os llevaré en mi corazón.

—Os suplico…, te suplico de rodillas, si es preciso, que partamos juntos. No sé, pero tengo miedo.

—No seáis niña, señora. Ningún peligro nos amenaza. Nuestra conciencia siempre tranquila está. Partir juntos sería dar razón al comentario malévolo. Despidámonos ahora y…

—¡No quiero!—gritó ella, infantilmente angustiada.

—Quiero yo, señora—dijo firmemente el oficial—. No habría dicha posible para mí si olvidara mis deberes de soldado, No hagáis más difícil mi separación. Os quise y quiero por comprensiva. Ahora iré a delegar mi mando en el teniente Cortezo y después… partiré. ¿Queréis darme algún… algún recuerdo vuestro? Esos jazmines. Su aroma me acompañará hasta el último instante… de nuestra corta separación.

Desprendió ella el manojo de flores prendido en su escote, y al colocarlo entre las manos del oficial, éste convulsivamente apretó las suyas.

Las flores estrujadas desprendieron su dulzón perfume. Carmela Olivares, agotado su dominio, apoyó el rostro, contra el pecho del militar.

—Adiós, amigo mío.

—Hasta la vista, señora.

Alzó ella el rostro, y Gundemaro Liaño no pudo contener su impulso. Fue el primer beso. En roce de unción el suyo, fogoso y apasionado el de ella…

Desprendióse difícilmente el militar y, estrujando contra sus labios el manojo de jazmines, abandonó precipitadamente la estancia.

Carmela Olivares ya no vio más que una solución; el arraigado sentido del deber que caracterizaba a Gundemaro Liaño hacía imposible toda huida al fatal destino.

Reunió todas sus fuerzas, y poco después, comprobando que el capitán hallábase atareado con el teniente al cual estaba entregándole la prolija documentación del inventario y relevo, dirigióse ella al despacho del barón Relator.

Perdomo Alba había ya instruido a sus dos mejores espías en la misión de seguir los pasos del conde de Ferblanc.

Púsose en pie al entrar la viuda del vizconde de Lemos.

—Buenas tar... Pero, señora, ¿qué os ocurre? ¿Estáis enferma? Por favor, sentaos.

Ella lo hizo, abatida. Pero halló aún un fondo de humorismo en su tristeza infinita.

—Romance de amor, señor barón. Ante vos tenéis a la que mató a un ser bueno, impulsada por un delictivo amor... también bueno. No me miréis tan aterrorizado, señor barón. ¿Acaso nunca habéis amado? Por amor ¡se cometen tantos crímenes! Traed papel y pluma, que aun tengo suficientes; arrestos para escribir mi declaración, confesándome única autora de la muerte del que fue el mejor Intendente que jamás tuvo España en las Indias.

Perdomo Alba intenté sentir desprecio y aversión hada la que confesaba tan cínicamente el alevoso crimen, pero no lo logró. Cuando ella terminó de escribir y firmó, él recogió lo escrito, leyéndolo.

—Desde este instante, Carmela Olivares, estáis bajo el peso de la justicia. Dios se apiadé de vuestra alma.

—¿Vos no os apiadáis de mí?

—Soy juez terreno, Carmela Olivares. Matasteis a un hombre que no cometió otro delito que el de quereros demasiado. Acompañada por dos de mis coadjutores pasaréis a la celda de los condenados a hoguera. No sufriréis tormento porque habéis confesado.

—¿No sufriré tormento?—y rió ella débilmente en sollozo contenido—. Bien lo quisiera. Pero soy joven, cobarde y ardo como bruja... Pero dejadme al menos hacer una buena acción. El capitán Liaño me quiere. Para salvarme será capaz de acusarse de la muerte de mi esposo, en la que para nada intervino. Comprended que si tan sólo hubiese habido por su parte la menor instigación y ayuda, muy contenta estaría en que compartiera conmigo los leños de la pira. Es pasible que venga a veros declarándose autor de una muerte que ni siquiera imaginó. Él es lodo un caballero oficial.

—Así es, señora. Y no dudo que sería capaz de intentar sacrificarse. Al menos este último rasga, señora, os será tenido en cuenta Más Allá.

El barón llamó, y, atendiendo a los dos nombres que pronunció entraron dos sujetos armados, vestidos con el severo ropaje de los

alguaciles.

—Conducid a esta mujer a la celda donde esperan la muerte los culpables de crímenes die lesa majestad.

Cada uno de los alguaciles cogió por un hombro a la sevillana, la cual, sacudiéndose, murmuró:

—Sola he venido, sola andaré. Estoy bajo el peso de la ley, pero detesto el peso de manazas sucias. Vamos, amigos. Y vos, barón, recomendad a vuestros servidores que usen más del agua y el jabón.

Pero cuando se halló en el obscuro interior de la celda, tendida sobre la húmeda paja del camastro, perdió ella toda su energía.

Y no fue más que una débil mujer rota por la desesperación, la que lloró hasta sentir que en su alma algo se helaba, secando la fuente de sus lágrimas.

Tan sólo logró una tenue sonrisa cuando pensó que había sido amada hasta el sacrificio. Un sacrificio que ya sería estéril, puesto que ella perecería en la hoguera.

—Romance de amor—musitó, ladeado el rostro.

* * *

Al terminar Perdomo Alba su narración, Josefín, intrigado, meditó unos instantes.

—.Decís que ella se ha confesado autora de la muerte y que os ha advertido de que posiblemente el capitán Liaño intentara sacrificarse?.. Algo hay muy extraño en todo esto—dijo el asturiano.

Daba por descontado que Liaño no habría explicado a la sevillana el paso que pensaba dar. Entonces... ¿cómo se confesaba ella autora dé un crimen cuyo autor sólo José Camporro sabía quién era?

—Ya sabéis, Ilustrísimo, que el comentario público achacaba la muerte del vizconde, ora al capitán, ora a Carmela Olivares.

—Tan culpables son el uno como el otro—y casi inconteniblemente rió el asturiano al comprobar el fúnebre humorismo de su frase—. Ambos, por su culpable pasión que escarnio hacia del pobriño Intendente, pagarán con la muerte. El gesto de ella es muy romántico. He conocido coimas de baja extracción que, por salvar a su amante, lo intentaban todo. Si el capitán Liaño os presenta su declaración escrita, ordenad que sea encarcelado. No dudéis que son los remordimientos de conciencia y la seguridad de qué no pueden escapar lo que les ha conducido a

esta doble confesión. Ahorrad a Liaño, en consideración a que obró cebado por una insana pasión, el conocimiento de que ella está ya encarcelada. Y la hoguera que a ambos consuma ahogará con su crepitar los gritos de los dos culpables. Justicia será hecha, y con las cenizas se purificará este odioso episodio de impura pasión.

Con absoluto convencimiento, el barón partió para poco después aceptar la confesión escrita de Gundemaro Liaño.

—Estragos de la pasión, Gundemaro Liaño. Os han conducido a la degradación...

—¡Cuidad lo que decís! Yos no sois más que un instrumento de la justicia, pero no juez de mis actos. Limitaos a cumplir vuestro ¡deber.

—Así será. Que Dios se apiado de vuestra alma. Os tenía aprecio, Liaño. ¡Conducidle a la celda número 6!

Y ambos enamorados no supieron que, distanciados por el espacio de tres celdas intermedias, ambos sufrían, pero con el consuelo de creer que la vida del ser querido quedaba a salvo.

Y ambos, aunque con cierto dolor, murmuraban:

—Me olvidará... Es joven...

* * *

José Camporro seguía intrigado. La primera parte de su plan estaba ya realizada. La muerte del Vizconde de Lemos estaba lógica y razonablemente explicada, y los dos supuestos culpables morirían en la hoguera.

Pero ¿cómo y por qué impulso obró Carmela Olivares al culparse de una muerte que no cometió? Esto era lo que le hacía reflexionar. Sabía sobradamente que el capitán Liaño no podía haber descubierto a ella el sacrificio que se proponía hacer...

¿Cómo, pues, precediéndole apenas en minutos y después de haberse entrevistado con Liaño, ella...?

Bajó a la dependencia subterránea donde estaban las doce celdas de condenados a muerte, y el celador abrió la celda número 9.

Josefín cerró tras él la puerta y descendió los escasos peldaños que en penumbra conducían al húmedo recinto de la mazmorra, sin más luz que la estrecha rendija de un alto ventanal casi cubierto por gruesos barrotes de hierro.

Sentada en el camastro, lo primera que vio Carmela Olivares fue el reflejo plateado de la calavera de plata, cerrando en broche el

rígido coleto de la guerrera.

—Lamento este final, señora mía— dijo el asturiano, en pie ante ella.

—¡Te odio con toda mi alma!

Fue un grito exasperado, y casi no tuvo él tiempo de salvarse de las uñas femeninas que arañaron su rostro, aunque buscaban hincarse en su garganta.

Asió las dos muñecas, retorciéndolas brutalmente, y, lanzando un gemido de dolor, ella volvió a caer sentada.

—Gata...—murmuró quedamente Josefín, pasándose la diestra por el rostro como para calmar el escozor que sentía—. ¿Qué culpa tengo yo de tu suerte?

—Te oí incitar al pobre muchacho...— susurró ella, entrecortadamente—. Le condujiste a lo que querías. ¿Por qué tienes empeño en que sea uno de nosotros dos el que pague crimen que no cometimos?

—¿Oíste? ¿Cómo? Todas mis entrevistas con tu perrillo faldero han sido a solas.

—Eres un perverso hipócrita, y no sé qué finalidad persigues. Pero en algo has triunfado. Podrás jactarte de que bastó que llegaras para ponerlo todo en claro.

—¡Sublime sacrificio de amor, Carmela! Has decidido acusarte de un crimen que no cometiste para salva la vida amenazada de tu pobriño amante, ¡infelices! Casi me dais pena... ¡No! Esta vez te golpearé si pretendes arañarme de nuevo.

—¿Viniste a burlarte?..—preguntó ella, sentándose de nuevo, tras su fallido intento de saltar hacia el que prudentemente retrocedió un paso.

—No—y era sincero el asturiano. — No me burlo. Siento pena por vuestras estúpidas decisiones. Sois pieza de un tablero que tiene que encaja a mi gusto. Adiós, Carmela.

—Has conseguido engañar a todo el mundo, pero no siempre triunfarás, Josefín, que bien cuadra el diminutivo a tan mísero y mezquino hipócrita cobarde que finge amistades y virilidad que no posee. Hallarás castigo...

—¿La virtud recompensada?.. Sí, muy cierto. Seré el hombre probo que descubrió a dos culpables y que salvó de otro gran peligro a Puerto.Colombia. No podrás saberlo porque estarás ya

convertida en cenizas. Pero yo seré el hombre que hundirá el velero "Aquilón" del famosísimo Pirata Negro, exterminando a él y sus hombres, cuando pretendían huir llevándose las arcas del Caudal de Indias…

Y la carcajada que lanzó al salir de la celda, se le antojó a la desventurada prisionera la sardónica risa de un genio demoníaco.

# Capítulo V

**El bordado perfecto**

La sala donde se guardaba el Caudal de Indias recogido en los departamentos del Cauca y el Magdalena, era de vastas proporciones; se destinaba habitualmente a sala de juicios.

A las cuatro de la madrugada, un hombre logró deslizarse en su interior sin ser visto por los que desde el exterior de la Residencia montaban la guardia.

Cerrada la puerta con llave, que extrajo de la cerradura exterior, el visitante nocturno procedió a encender una linterna, y a su oscilante luz trabajé intensamente durante dos horas, sacando de las arcas cuanto contenían.

Los lingotes de oro, las piedras preciosas y las monedas amontonáronse despidiendo fulgores encima de un ancho lienzo. Cuando una de las arcas quedaba vaciada en el lienzo, el nocturno trabajador ataba las cuatro puntas sólidamente, formando así un hato voluminoso.

Era ya la segunda noche en que José Camporro dedicábase a aquella extraña labor de ir vaciando las arcas, en cuyo interior, y en substitución de su valioso contenido, colocaba pesados bloques de piedra que hasta entonces habían sostenido el peso de las enormes arcas, para evitar que los herradas cantos arañasen el reluciente suelo al ser depositados o transportados los arcones.

Al vaciar por completo cada arca, José Camporro no tenía la menor dificultad en ir alzando la vacía caja de madera y retirar las piedras gruesas y planas, que despojadas de los mismos grandes lienzos que utilizaba para hacer los hatillos, iban a ocupar el interior de los desvalijados arcones.

A la tercera noche, el asturiano llegó antes y terminó más tarde.

Pero cuando salió de aquella sala consideraba que un punto más quedaba bien rematado en la complicada labor que como un bordado se había propuesto realizar al llegar a Puerto Colombia.

Al mediodía siguiente recibió en audiencia al barón Relator.

—Los galeones arribarán en el día de mañana, Ilustrísimo.

—Mañana a la madrugada daréis orden para que se proceda al transporte del Caudal de Indias, barón.

—Si os parece bien, Ilustrísimo, confiaré también al correo de los galeones la sucinta relación de cuanto acaeció hasta que ambos culpables confesaron el crimen.

—De acuerdo. Bien, ahora, barón, resumidme cuanto sepáis por intermedio de vuestros dos espías acerca del Pirata Negro... que ellos conocen como conde dé Ferblanc.

—La primera noche se dirigió a la bahía de Santa Marcia, y por el camino se le reunieron dos hombres. A la segunda, repitió el viaje, y ayer, por fin, un velero vino a anclar en la cala de Santa Marcia, al sur de la bahía de este mismo nombre.

—¡Magnífico!...—Y el asturiano se frotó las manos—. Caerán todos. Os lo prometo. No os preocupéis más de este asunto. Felicitad a vuestros espías por haber llevado a cabo con éxito su misión, y dejadme a mí la tarea de ajustar las cuentas al pirata y su gentuza. Tendrán una sorpresa que no se la esperan. Yo y el teniente Cortezo, con sólo un par de hombres, lograremos que tengáis otro relato sucintó para enviar mediante el correo de los galeones. Para vos la gloria de cuanto suceda, barón, que yo ya poseo suficiente.

—¿Pensáis, Ilustrísimo, exponer la vida en peligrosa misión?

—Soy soldado, y sé luchar. Cuando el velero y todos sus hombres salten por los aires en mil pedazos y en mar abierta, ahuyentados por disparos de cañón, quedará concluido este perfecto bordado.

—¿Este perfecto bordado, ilustrísimo?

—Vos no tenéis idea de cuánto digo, barón. Se trata de argucias de soldado avezado a toda lucha. Idos y cerrad la puerta tras vos.

* * *

A media tarde, José Camporro desmontó ante la casa cuadrada de la parte alta del río.

Halló a Carlos Lezama en la explanada donde solía dar sus

lecciones de manejo de armas.

—Salve, señor conde. ¿Solo?

—No hay más oídos que los míos, Josefín.

—Esta noche es ya la triunfal. ¿Todo en orden?

—Mi velero ancló ya en la bahía sur de Santa Marcia..

—¿Tienes ya tus ocho hombrías preparados?

—Aguardan cerca de aquí.

—Entonces, queda ya perfecto el bordado. Esta noche narcotizaré toda la1 guarnición. A las once puedes ir con tus hombres a recoger las arcas. Yo mismo, llaves en mano, te conduciré a la sala donde están los cofres.

—¿A nadie llamará la atención la caravana?

—Apenas llegué di órdenes de toque de queda. A partir de las siete de la tarde nadie debe salir sin mi escrita autorización. Y sólo tú y tus hombres la tendréis, si no escrita, muy cordialmente tácita.

—Procura que no salte ningún punto del calado.

—¿Eh? ¿No has tomado bien todas tus medidas?

—Por mi parte, he trabajado como una buena vieja tejiendo calceta. Mi cañamazo es sólido.

—Entonces, todo irá sin tropiezos. Hasta la noche, cofrade.

—¿Hora?

—A las once en punto. No vengas antes, porque debo atender a muchas cosillas de poca monta, pero precisas. A esa hora, avanza por les jardines de la Residencia sin el menor desasosiego con tus carromatos y tus hombres. La entera guarnición se hallará durmiendo, al igual que cuanta servidumbre y personal hay en el edificio. Esta ha sido la parte que más trabajo me ha costado preparar. Todo está a punto. Y ahora, tengo ya que irme, porque esta noche va a ser de rudo ajetreo. Hasta después.

—Hasta después.

Montó el asturiano, agitando amistosamente la mano en señal de despedida. Y, en efecto, fue aquélla una noche de rudo ajetreo para él.

A las siete en punto, después do extinguirse los últimos ecos del prolongado toque de queda, iba a precederse al reparto del rancho entre los soldados de la guarnición, cuando el teniente Cortezo reunió a dos sargentos y ocho soldados, ordenándoles que formasen al exterior dé la Residencia.

Tanto él como aquellos hombres, obedeciendo las severas instrucciones del asturiano, habían comido más temprana a fin de estar dispuestos a emprender una marcha hacia destino ignorado.

Fue el teniente a presentarse al Intendente para recibir las últimas instrucciones referentes a la misión y el punto de destino.

En el despacho donde José Camporro había mandado habilitar cama, y útiles de aseo, “porque un soldado no tiene alcoba, y un despacho es un campo de batalla”, el teniente Cortezo se inmovilizó respetuosamente.

—¿Conocéis la bahía die Santa Marcia, teniente?

—Sí, Ilustrísimo.

—En la bahía del sur, donde hay la cala de los Cóndores, se encuentra un velero anclado. Por informes particulares tengo la creencia de que se trata de una nave pirata. Vos ocuparéis con toda cautela las dos lomas de la cala. Un sargento en cada una, con cuatro hombres. Dos culebrinas que podrán fácilmente ser transportadas hasta allí en los armones. Ordenad añadir dos caballos a cada tiro. Inútil es que os haga saber que debéis llegar a lo alto de las lomas sin llamar para nada la atención de los que en la cala están. ¿Habéis visto el cielo?

—Sin luna, Ilustrísimo. Favorecerá el cumplimiento vuestras órdenes.

—No abriréis fuego más que en un solo extremo. Si el velero se dispusiera a zarpar, entonces, cuando ice velas, cañonead a mansalva.

—Si la tripulación bajara a tierra, ¿qué debo hacer, Ilustrísimo?

—Ignorarlo. Para eso estoy yo aquí. Vos, allá, no tenéis más misión que la de abrir fuego y hundir el velero,.si éste pretendiera zarpar. Misión que, dada la favorable posición y la sorpresa. del ataque, sólo puede culminar en el hundimiento. Allí estaréis hasta cumplir mi orden. Dentro de diez minutos estaréis ya en camino. Partid, teniente. Cerrad tras vos la puerta.

Cuando Cortezo, al frente de los dos carromatos tirados por cuatro caballos, partió seguido por los diez jinetes, de los cuales dos, los sargentos, iban a retaguardia, volvió el asturiano a entrar en su despacho.

Sentóse y, tendiendo las piernas, las colocó, encima de la mesa. Estaba satisfecho. Sentíase triunfante...

A las nueve en punto deslizóse por la puerta del despacho un atezado individuo vestido con ropas toscas y largo gorro de lana.

—Como prometí, aquí estoy, Josefín.

—Hola, Tonín—y el Intendente púsose en pie, y riendo abrazó al recién llegado—. ¿No hay fallo?

—Ninguno. Mi barco espera. Yo he estado alojado en la ciudad, fingiendo ser hombre de mar venezolano. Oye, hermano: está eso mudo como tumba gigantesca.

—Duermen todos. Les ayudé, como ya te conté allá en la selva. ¿Los cuatro marinos que escogiste son de toda confianza?

—Lo serán. ¡Pobriños!... Cargarán con los fardos hasta bordo. Después, cuando aviste a "Roca Parda", les enmudeceré... ¡"Ñec"!—y rió el llamado Tonín, pasándose el dedo por el propio cuello—. Tú y yo solos para compartir la gran familia.

—En familia no hay temor de traiciones. Pero hay una alteración, Tonín.

—Me dijiste allá en la selva que a las nueve del día de hoy todo estuviera en orden, hermano.

—Y has cumplido. Yo, también. Es que no huyo.

—¿Cómo?..—y se desorbitaron los ojos azules del llamado Tonín, que tenía en sus rasgos ademanes y corpulencia, cierto parecido con Josefín—. ¡Hermano! Pero...

—Seguiré siendo el probo héroe unos cuantos meses. Tú, al llegar a la "Roca Parda", en tierra el botín. Cuando ambos regresemos a España, ya habremos también resuelto cómo reducir el volumen del caudal. Al llegar aquí surgió algo providencial. Había un pirata... Lo he engañado, y él cargará con las culpas del robo. Creyendo llevarse las arcas, no llevará en ellas más que piedras...

Rió su hermano, aunque no acababa de comprender.

—...menos en tres cofres que están repletos de pólvora y metralla,

—Pero si les dan caza y ven que los cofres no llevan el oro...

—Previsto. Para eso he apostado dos cañones que hundirán su velero cuando se disponga a zarpar.

—¡Zambomba, Josefín!... Tienes talento. ¿Y quién carga con el vizconde apuñalado? Eso te va a costar. Tú y yo sabemos quién le mató, pero—y volvió a reír el visitante—no lo vamos a decir,

¿verdad? Fue tu mejor golpe.

—Era necesario, Tonín. Le maté sin rencor. Era una pieza que tuve que suprimir, porque sabía que su extraña muerte liaría que me llamasen para substituirle y poner orden. Los dos pobriños enamorados morirán en la hoguera. Han confesado...

—¿Que han confesado? Pero ¿cómo confesaron muerte que tú hiciste?

—Otra prueba de mi talento. Bueno, vamos ya al trabajo. ¿Están allí ya tus marinos?

—Con sus buenas carrozas, hermano.

—Vamos, pues, por los fardos. Te ahorras la carca de los cofres. Pero te llevas lo de dentro, goloso.

Ambos hermanos salieron del despacho, riéndose...

Exactamente a la misma hora que aquella conversación tenía lugar, hallábase el Pirata Negro en un lugar muy distante del despacho del intendente,

Marcos. "El Alicantino", y otros tres piratas, escuchaban atentamente las instrucciones del Pirata Negro, y sus ojos brillantes hablaban elocuentemente del agrado con que acogían las palabras que les marcaban la tarea que debían llevar a cabo.

Y a las once de la noche en punto. José Camporro, a la entrada del jardín de la Residencia, retrocedió presuroso y satisfecho hasta volver a entrar en su despacho, donde se sentó cómoda, y negligentemente.

Pasaron unos instantes y entró el Pirata Negro.

—¡Hola, cofrade!—saludó el asturiano—. Té vi llegar con los carros y tus hombres.

—Buena vista tienes, aguilucho. Ansias tengo ya de verme ante los arcones. ¿No temes que sucumba a la tentación y en alta mar te eche de comida a los peces, quedándome yo con el contenido de todos los cofres?

Rió el asturiano suavemente, mientras se levantaba.

—Fío, fío en ti. Tanto es así, que llegaré a tu velero algo después que tú hayas zarpado.

—¿Cómo es eso?

—Mientras tú y tus hombres pongáis en cubierta los cofres, y rápidamente icéis velas para no perder tiempo alguno, zarpando sin demora, yo en lancha os cortaré el paso. Que se me lance escala, y

subiré… Llevo también yo un pequeño botín. Una mujer que me era grata. Reside en la ciudad, y pasaré a recogerla.

La nueva mentira que estaba diciendo alegraba íntimamente al asturiano.

Pensaba en otra frase de su favorito Maquiavelo: “Medra a costa de los leales y tontos varones que conceden gran valor a la hombría”.

—Bien. ¿Y duermen todos en palacio?

—Como lirones. Sólo tú y yo estamos despiertos.

—Y muy despiertos, Josefín. Vamos ya a la sala del tesoro, que ansío cargar con los pedruscos y el vil metal.

Agitó Josefín una llave en el aire.

—Todo a punto en el bordado.

—Teje, pues, el último pedazo.

—¿Tus hombres?

—Aguardan fuera. Cuando haya visto ya la sala, les llamaré. Acuden a mi silbido con toda presteza.

—Vamos, pues—y mientras salían rió el asturiano, añadiendo—¡Qué despertar, mañana! Dirán que algún pirata les narcotizó, raptando al probo Josefín. Casi seré un héroe llorado.

En la vasta sala destinada habitualmente a juicios mostró Josefín los arcones alineados.

Acercóse el Pirata Negro y tocó uno de los varios candados que cerraban cada cofre.

—Muy seguro está eso, ¿no?

—Contra ladrones—sonrió Serafín.

—Abre uno de ellos.

—¿Para qué?

—Quiero refocilarme contemplando el tesoro… Bueno, no es preciso. Sería perder el tiempo, ¿no te parece?

La diestra de Josefín se detuvo en su camino descendente.

—Me complace ver que eres juicioso, pirata. Llama a tus hombres.

Silbó estridentemente el Pirata Negro. Pasaron unos instantes y cuatro piratas entraron.

—Rápido, mis valientes. Ya sabéis que, minuto que pasa, minuto de menos para vivir. Terminad pronto con la labor. En cuanto a nosotros, Ilustrísimo, impropio nos es presenciar labor de faquines.

¿Vamos a tu despacho, a brindar por nuestra asociación?

Los cuatro piratas, reuniendo sus esfuerzos en cada una de las esquinas, levantaron uno de los cofres, saliendo con él.

—Pesan mucho—comentó riendo el Pirata Negro.

—Mucho—y le hizo eco en la risa el asturiano. Cuando terminen ellos la faena, brindaremos en mi despacho.

—Serían minutos perdidos. Tienen labor para media hora. Tiempo más que suficiente para que tú y yo descansemos de la fatiga de la jornada.

Pensando en que si allí se quedaban podía el Pirata sentir de nuevo deseos de hacer saltar candados y comprobar el interior de piedras, pólvora y metralla, el asturiano le acompañó alegremente al despacho.

Sentado, miró a su alrededor el Pirata Negro.

—¿Dónde está la taberna, Ilustrísimo?

—Buen vino éste—dijo el asturiano, volviendo con un frasco que recogió de encima de la mesa donde efectuaba sus comidas—. Es mistela.

—¿No tendrá hierbas para adormilarme?—inquirió sonriente el Pirata Negro, cogiendo el pesado frasco por el gollete.

Empezó a reír el asturiano, y de pronto su risa quedó truncada en mueca de infinito estupor, mientras su rostro quedaba bañado en vino, al quebrarse contra su cráneo la botella.

Y el veloz salto con que, en pie, acababa de agredirle el Pirata Negro, rompiendo contra su cabeza la pesada botella, fue lo último que vio.

Desplomóse al bestial golpe, perdido el sentido...

—Bordado perfecto—masculló el Pirata Negro—. Ya lo dice el libro. “Quien a traición trabaja, a traición se resquebraja...”



*—Bordado perfecto—masculló...*

# Capítulo VI

**La fama no miente**

—La fama no miente cuando de mí habla, palomo.

Aquella frase fue la primera que oyó el asturiano al pestañear varias veces, en sus intentos para recuperar, el sentido.

Abrió del todo los ojos, y vióse sentado en el lujoso sillón, pero privado de todo movimiento. Alrededor de sus brazos y piernas manteniéndolo reciamente contra el respaldo y los barrotes inferiores, varias cuerdas se hincaban en su carne.

Con el rostro cubierto de la sangre que manaba de la brecha abierta en su cuero cabelludo, el apuesto Josefín tenía un aspecto siniestro.

Con la lengua lamióse las guías de su bigote.

—Sangre y vino, palomo. Suele ser generalmente el anticipo de muerte y horca, cuando "pacto y choca" son palabras de traidorzuelo.

—Traidor tú, que me atacaste a traición. Los hombres pelean cara a cara.

—Eso es. Pero aquí no hay más que un hombre: yo. Y no me rebajo a darle arma de igual a un palomo que se creyó águila, que eso eres tú, que creíste podías dármela con queso. Mucho te valoraste, y en poco me tuviste. ¿Supusiste que era un necio bandidillo?

—Debí suponérmelo. Pensé que eras un caballeroso pirata, pero eres en todo semejante a cuantos piratas hay Falsos a sus palabras, aparentemente hombres...

—No te pintes, que ya te conozco.

—Huirás ahora con el botín, ¿no?

—¡A ver! ¿Pues qué te creías? — dijo con desgarro Lezama.

El asturiano cerró los ojos. Triunfaba... Hundido el velero, aun sería más perfecto su bordado, cuando le hallaran herido en 1a. cabeza, y atado al sillón.

—¿Serás capaz de dejarme aquí atado?..

—Ponte en mi lugar, palomo. ¿No harías lo mismo?

—Vete... Confié en ti, y justo es lo que me ocurre.

La mirada del Pirata Negro tenía cierto parecido con el brillante fulgor de sorna del gato que acecha al ratón.

Y en su fuero interno José Camporro se divertía...

Aquel final que no esperaba, le complacía aún más.

—¿Quieres que me vaya ya, palomo?

—Tus hombres estarán ya terminando de...

—Les bastó con un cofre para que quedaras contento.

—¿Cómo?

—Recapacita, palomo. ¿Acaso crees que son picapedreros?

José Camporro pestañeó, pero creyó que sería una expresión propia de piratas, que por azar coincidía con no que estaba sucediendo.

—¿Picapedreros? ¿Qué quieres decir?

—Tú sabrás, porque tú las picaste. Supongo que serán piedras lo que va dentro de los cofres. No lo he visto, pero lo supongo. Listo que soy, ¿sabes?

—Me creo que tu natural desconfianza, ya que traidor eres, te hace imaginar...

—No sigas, porque te aplasto la suela de la bota contra el hocico. Fuera máscaras, señor Pepín. ¿Viniste a dar cátedra de marrullería en Puerto Colombia, pichón? Cuando te chupabas el pulgar hostigando puercos, estaba yo bregando entre marrulleros que te podrían dar cien y raya. Presumiste de hombre de un solo rostro, y eso ya me escamó. Nos jactamos de aquello que no poseemos, y honor te hago al hablar en plural, porque yo suelo siempre jactarme de lo que soy. Y vas a saberlo.

José Camporro empezó a sentir inquietud... No podía ser. Todo el bordado era perfecto. Nada podía haber descubierto, el que ahora, colocando los pies encima de la mesa, le miraba sonriente.

Pero era una sonrisa desprovista de alegría. Una sonrisa de cruel dureza.

—Te desprecio, Pepín, porque, pudiendo continuar siendo un

soldado, quisiste ser el ladrón sin valor, amparando su robo tras un incauto pirata que eso creíste que yo era. Si en tu robo hubiese habido lealtad, no te habría ayudado. Me habría ido, dejándote hacer, porque la fama no miente al decir que ni delato ni traiciono. Pero quisiste jugar conmigo, y hasta el último instante he jugado contigo.

El asturiano, en gesto inconsciente, relamióse las guías del bigote, contraídas las azules pupilas. Escuchaba con avidez...

—Por partes, pichón. Cuando viniste a proponerme ser tu aliado en la limpieza de los cofres, al principio creí en que casi era un homenaje. Tú, el famoso soldado, acudías al famoso pirata, porque, cansado de exponer tu vida, deseabas enriquecerte de un golpe. Tus explicaciones para tal paso eran razonables, dado mi manga ancha. No te iba a leer un tratado de moral. Pero tras tu aparente virilidad leal y recia hay de vez en cuando algo que te delata, Pepín. Es una mirada de soslayo, rebosante de falsedad y disimulo. Me hiciste pensar mucho. ¿Cómo un hombre inteligente como tú, se exponía a quedarse deshonrado y sin un ochavo, confiándose a un pirata? Porque debías suponer que yo era un caballero pirata, y lo de caballero me impedía secundar un robo con alevosía y sin lucha, o era yo un pirata simplemente, y te dejaba sin plumas y cacareando en tierra. Vi un segundo remiendo: ¿por qué acudías a mi velero para el transporte? Un plan como el tuyo y una inteligencia acorde no podían dejarlo todo al albur. Al tu venir a Puerto Colombia, tenías ya que haber ingeniado medio de transporte. ¿Para qué querías, pues de mí y de mi velero?

—Desconfianzas que...

Agito en el aire un pie el Pirata Negro.

—Hablo yo, Pepín. Contesta sólo si te interrogo directamente. En caso contrario te haré besar mi suela. Por ahora soy el maestro corrigiendo al discípulo. Tú me pusiste dos espías. Eran hábiles, pero en mi existencia he andado por entre muchos espías. Decidí devolverte la moneda. Ahora podrás contestar, palomo. ¿Ves esta lámpara encima de tu cabeza?

—Veo... Pero ¿qué tiene que ver?

—Escatima palabras. ¿No ves el hermoso calado que forma el rosetón de donde pende la lámpara?

—Sí. Adorno de arquitecto. Pero...

—Estás deseoso de besarme la suela. Quedas complacido.

El choque brutal de la bota contra la nariz del asturiano hizo que la cabeza de éste resonara contra el respaldo.

—Limítate a contestarme sin oposiciones ni comentarios que no te pido. Allá arriba hay una habitación. Sólo entraba en ella una dama, hasta que tú la encarcelaste. Uno de mis hombres, muy ducho en tales cometidos, se instaló en esta habitación. ¿No me colocabas dos espías? Uno te coloqué, y al filo del amanecer, cuando aun no clareaba, el oyente iba a informarme. Ha desempeñado magníficamente su labor. A través del calado, te calaba, Pepín. ¿No ríes? Contesta riendo. No hables. Ríe, con esa risa tuya que suena a viril, y es uno de tus engaños. ¡Ríe!

Distendióse el semblante del asturiano en mueca forzada. Una sorda cólera iba invadiéndole...

—No sufra tu vanidad, Pepín. Aquel a quien tú querías engañar era muy superior a ti. Un porquero puede hacer un buen grumete. Un grumete puede hacer un buen soldado. De los soldados nacen los héroes. Pero del asesino ladrón hipócrita no se forma la pasta con que se forjará el hombre que consiga meter en el garlito y en el saco al Pirata Negro. ¿Te vas enterando, Pepín? Te empleo el diminutivo, ya que tú me disminuiste a mí. Fue bueno el primer golpe, Pepín. Puñal para el vizconde, y al manejarlo sabías que serías llamado a ocupar el puesto de vengador justiciero de crimen que tú mismo cometiste. Ingenioso. ¿Es o no es ingenioso? Contesta pronto.

—Tu espía pudo oírlo, pero nadie te creerá...

—No es preciso que nadie me crea porque a nadie se lo diré yo. ¿No te dije que no soy delator? ¿Sabes lo que es un delator? Es el que coge por la solapa a un casacón de leguleyo, y le susurra al oído los crímenes de otros. Quedamos, pues, en que yo no soy de esa clase, ni aun con los que delatores son. Un plan magnífico, tenías razón, Pepín. Primera parte: muerte del Intendente para substituirlo. Una escapada desde la selva, fingiendo ir en descubierta con tu hermano en busca de peligros. Y de resultas de este viaje, el vizconde de Lemos apuñalado. Lástima que nadie nos escuche. Los narcotizaste a todos... ¿Quieres hablar? Hazlo, tienes mi real autorización, Ilustrísimo. .

—¿Pretendes... pretendes delatarme? Nadie te creerá...

—Te dije ya que no soy de tu calaña, Ilustrísimo. Pero, en fin,

también me impulsa el hecho de que no tendría crédito ante un tribunal la palabra de un pirata oyente. La tendría si fuera yo el que estaba tras el calado, tendido en el suelo. Pero yo no me tiendo en el suelo. Por tanto, quien todo oyó tras el calado, al no ser yo, no puede hacer valer su palabra.

—Entonces..., ¿no té basta con huir con el botín? Porque supongo que darías muerte a mi hermano y sus hombres, apoderándote de los fardos.

—¿No debía él dar muerte a los cuatro marinos? Pero no quiero mancharme con inútiles justicias. Contigo empleé un frasco al llegar a usar las manos. Que hasta ahora me basta con el seso para apabullarte. Honrilla de pirata que no quiere que mienta su fama. Bien empezado tu plan. Lo continuaste espléndidamente jugando con los tórtolos y el leguleyo. Pero tomarme a mí con el abordaje de tu falsa hombría, era ya mucho pedir. ¿Sabes a quién apuntan las dos culebrinas mandadas por el teniente Cortezo? Al velero que capitanea improvisadamente tu hermano. ¿Te estremeces? No os más que una broma pirata. Cuando zarpen, los cañonazos les hundirán. Te dije que mi velero ancló en la bahía sur de Santa Marcia, porque así lo dijo el emisario a tu hermano. Poro el emisario era Marcos, un pirata mío. Y tu hermano allá mandó a sus cuatro marinos con el velerín que, también en diminutivo, se hundirá...

La carcajada del Pirata Negro exasperó al asturiano:

—¡Maldito seas! ¡Demonio!

—Zambomba... — sonrió el Pirata Negro, cesando de reír—. Apártate, le dijo la sartén al cazo. ¿Te doy con cuchara grande medicina de la tuya, y protestas, ingrato? Tranquilízate en tu cariño fraterno, Pepín. No he querido llevar la broma tan lejos... Bien está que en las carrozas de tu hermano... ¿O creías que era yo un palafrenero?.. Vayan dentro los fardos, menos uno... y tu hermano amarrado.

—¿Qué te propones?

—Tate... El bribón habló sin ser preguntado...—y la bota del Pirata Negro empujó sin rudeza el semblante del asturiano contra el respaldo.

José Camporro masculló furiosas imprecaciones ininteligibles entre sus crispados dientes.

—¿Duele cuando se burlan de uno? Figúrate yo lo que me hubiera dolido verme hundido con mi velero, mientras tú, apretándote los ijares de tanto reír, soltaras lagrimones hilarantes, pensando en tu perfecto bordado. Nunca viro mi velero, que a buen recaudo lo tengo y no es despreciable madero al servicio de revientacofres. No estaría ensañándome contigo, si no hubiese crímenes de por medio. Lo perdono todo, si es a lo hombre. Pero no tengo merced para el solapado puerco, con perdón del sabroso cerdo. ¿Para qué mataste al infeliz vizconde?

—¡Basta ya de atormentarme! Lo hice porque así podía... ¡Vete!

—¿Por qué jugar con el tórtolo gallero?

—¡Vete!

—Me iré, Pepín, porque te estás acalorando. Confieso que era ingenioso tu plan. Pero ahora, ¿qué queda? Un criminal atado a. un sillón.

—Queda el soldado prisionero, y el pirata huyendo con el botín.

—¿Sí?

—Mátame si quieres, pero siempre serás un pirata, mientras que yo, —dijo exasperado el asturiano—cuando mañana despierten todos, seré el cadáver de un héroe, o el Intendente prisionero, que no pudo evitar el saqueo de los piratas.

—Tienes razón. Bueno, Pepín, voy a irme. No vuelvas nunca a molestarme con peticiones deshonestas.

—Y si piensas que revelando que sabes que yo maté al vizconde de Lemos alguien te hará caso, torpe de ti...

—¡Torpe de ti! Eso es. Mira hacia arriba... ¿No es del cielo de donde baja el castigo? Del techo vendrá también. ¿Sabes quién hay allí tras el calado? No, palomo, no. No es un pirata. Hay dos tórtolos que hasta las once gimieron en celdas separadas, creyéndose ambos resarcidos de su sacrificio, por haber salvado la vida del otro.

—Treta piratesca. Y aunque así fuera, ¿qué importa? Tampoco los creerán. Puedo, si quieres, gritarles— y alzó el rostro congestionado el asturiano—que yo fui quien mató a Lemos. ¿Y qué?

—Eso digo yo—y a su vez alzó el rostro Lezama. —¿Vos qué decís a eso, barón Relator?

José Camporro bajó la cabeza, mirando fijamente al Pirata

Negro—.

—¿Qué has dicho?

—Adiós, Pepín. La fama no miente al decir que yo no pisoteo gusanos. Los desprecio y olvido... mientras no me babeen encima. Ahora entiéndetelas con el barón Relator que debe estar hirviendo de indignación... Tate, ¿y ese galope de cascos humanos? Me parece poco digno de un barón, magistrado por añadidura.

En el despacho irrumpió lívido Perdomo Alba.

—¡Fementido asesino vil!—gritó al entrar, encarándose con el asturiano.

—Moderad el ímpetu, barón. Tengo el tímpano delicado. Además todos duermen y solos estamos—dijo el Pirata Negro, ya en el umbral.

—Me resistí a creer lo que vuestro pirata me decía...

—Lo creísteis porque apoyaba sus razones con buena pistola, tal como le dije. Y por eso, a la fuerza, ni bebisteis ni comisteis. Y por eso a la fuerzas quedasteis despierto. Seguid despierto.

—¿Os vais?

—Naturalmente. Antes que despierte la guarnición. Vos os consideráis obligado a ordenar mi captura, ¿no es así?

Vaciló el extremeño pero valientemente murmuró:

—Es mi deber...

—No os lo reprocho. Por eso me voy... a menos que queráis intentar detenerme. Desatad al señor Ilustrísimo y que él os ayude, si queréis captúrame.

—Absurdo es, señor, pero... os debo la salvación de dos personas a las cuales apreciaba mucho. Y creedme que sinceramente siento que no podáis permanecer en Puerto Colombia, ahora que no podéis seguir siendo el conde de Ferblanc.

—Abur, barón.

—Perdonad...—y tosió angustiado el Relator. —¿El Caudal de Indias?

—En el jardín hay carrozas con los fardos y el hermano de este Intendente. En la bahía hay un velero, vigilado por el teniente Cortezo y diez soldados. Es la sala de juicios hay cofres de pedruscos y metralla. Todo para vos, barón... menos un fardo. En algo se ha de ver que soy pirata. ¿No? Es simplemente para que la justicia no sienta demasiados escrúpulos cuando dicte nuevas

pragmáticas aludiendo a mis delitos. Comprended. Si me ahorcan, quiero al menos poder decir: “Bailo ahora, por lo mucho que antes bailé’’.

Salió el Pirata Negro del despacho. Iba ya a cruzar el umbral que conducía al rellano, ante el jardín, cuando Gundemaro Liaño espada en mano le cortó el paso.

—Tate... ¿Otro cumplidor de su deber?—preguntó sonriendo el Pirata Negro, desenvainando.

El capitán alzó la espada, besó la hoja en ademán duelista, y como si leyera algo escrito en la hoja toledana, dijo con voz contenida:

—Saludo, al señor conde de Ferblanc para que transmita toda mi gratitud al Pirata Negro.

—¡Talmente” como le enseñé!— gritó Carmela Olivares, que saliendo de la penumbra y animado el rostro con risa feliz, fue a colgarse del brazo del oficial. —Podéis envainar, señor conde. No hay pelea.

—Agradezco el eufemismo, pero si tórtolos os llamé a través del calado, bien podéis olvidar al conde, que es el pirata quien se va.

—¡Y el pirata quien nos salvó! —gritó impetuosamente Liaño. —Pero temí, señor, que os ofendiera que... En fin. Carmela y yo hemos padecido mucho, separados, y todo ha sido tan maravilloso... Cuando el pirata vino a abrir mi celda acompañado por Carmela, y ella fue explicándome... no quería creer. Pero... ahora pediré licencia. Partiremos a Sevilla...

—Quizá al señor conde de Ferblanc no le interese nuestra luna de miel, cariño—advirtió risueña la sevillana —Además tu deber es estar junto al barón en su interrogatorio de tu héroe.

Gundemaro Liaño, envainando, desapareció en dirección al despacho.

En el jardín y puestos de relieve por las masas de las carrozas, cuatro hombres esperaban, sosteniendo por las bridas sendos caballos.

Uno de ellos asía las de dos, y avanzó hacia el rellano. Era Marcos, “El Alicantino” ostentando aún sin su librea, un aire digno y envarado.

—Envidio vuestra facilidad, señor conde—dijo Carmela.

—Y yo vuestra felicidad, señora rinda.;.Cuál es mi facilidad?

—La que tenéis de desenmascarar a los falseadores, con lo que ejercéis de Angel vengador.

—No lo hice más que defender mi amor propio. Me lastima servir de juguete, porque tengo muy buena opinión de mí mismo.

—Seríais un magnífico fiscal. Bien os confesaré que allá tendidos junto al calado, dispuesta estaba a absorber la mucha savia de cuanto decíais. Estuvisteis soberbio, manteniendo lo que afirmabais. No delatabais. El se delató. Le destrozasteis el bordado.

—Bordados y calados cosas de damas son, y mientras Pepín fue simplemente un heroico soldado, triunfaba. Metióse a hacer labor de dama...

—Bordados de esta clase nunca hacemos, señor conde.

—Cierto estoy. Sólo un hombre Cuando so mete a remedar, confecciona prendas tan desgraciadas. Bien, señora, grata os la compañía, como dicen en palacio, pero debo irme.

—¿Tan fácilmente? ¿Conque me salváis y tan poca importancia dais a ello que lo consideráis indigno de ser mencionado siquiera? Sin vos hubiese ardido como sarmiento...

—Hubo una dama que creyó en el renombre que le dieron en llamar pirata caballero. Acudió impulsada por su bondadoso corazón. ¿Por qué? ¿no mencionáis vos también tal acción?

—No os vayáis. Quedaos. El mismo barón intercederá. En consideración a vuestra actitud, podríais obtener perdón.

—De cuanto hice, respondo, y perdón no quiero, señora.

—Perdonad vos, que si lo quiero yo. Comprendo que resbalé. Pero, me creeréis si os digo que nunca traté a piratas que tuvieran toda la hidalguía de un grande de España.

—¿Es aquel mi blasón?—y señaló el Pirata Negro el fardo voluminoso que sosteníase por cuerdas encima de la silla dé uno de los caballos—. Es simplemente talega.

—Os fuerzan a ello con sus apegos a ley que debería tener más elasticidad para enjuiciar a quien...

—Dejemos eso. Carmela. Sois muy simpática y perderíais tal cualidad si buscaseis atenuantes a mi vida, o por agradecimiento que no me debéis, os erigierais en defensora de causa que no pide defensa.

—Quisquilloso...—murmuró ella. Pero lo dijo con tal gracejo, que el Pirata Negro desarrugó el ceño.

—Abogadilla... —sonrió él. — Id pronto a reuniros con los representantes de la ley. Espero que vuestro capitán no se dejará llevar por razonable furor, y dejará que, como ordena el código, Pepín sea juzgado por tribunales regulares y bien empelucados.

—Como ordena el código, me agarraré a su brazo, pediré licencia, y a Sevilla se ha dicho. Y vos, señor conde ¿dónde vais?

—Donde el viento sopla.

—¡Vaya! Cometí otra indiscreción. Excusadme. Es que tengo poca costumbre de tratar con caballeros piratas. Es mezcla difícil de contentar.

—No hay tal. Os puedo decir dónde voy, porque tampoco sois vos delatora. Partieron ya hacia la isla Providencia mi esposa e hijo. Hacia allí voy. Intenté hallar aquí hogar civilizado, pero es arduo problema. No he de rendirme sin lucha. Lo cual quiere decir que probaré suerte en otro lunar, pero si no lo logro, ya no volverá a aparecer nunca el conde de Ferblanc, si no que siempre seguirá navegando contra viento y marea el apodado Pirata Negro.

—Cada, jazmín que en mi pecho prenda, anidará un beso que contenga mi deseo de algo difícil, muy difícil pero que sé que vos lograréis conseguir.

—¿Cuál es ese deseo?

—Que siendo siempre el Pirata Negro, la justicia, España y el mundo entero, os reconozcan siempre como el señor Conde de Ferblanc.

—Esto sí que lo agradezco, sevillana zalamera. Porque es la zalamería que pretendo.

—Y sé que no es para vos. El condado para vuestro hijo, ya que sin él, muy orgulloso por doquier llevaríais la buena fama que no miente, del que enjuiciado malamente por las leyes, es Pirata Negro aclamado por los corazones.

—Tate... Me voy, sevillana — dijo sonriente el Pirata Negro. — Tenéis dulce labia que me halaga. Cuando las campanas de bronce repiquen gozosas en vuestra boda deseo que pregonen la eternidad de amor y felicidad que os merecéis y tendréis. Adiós.

Volvióse él bruscamente, y cogiendo las riendas que al pie de la escalinata le tendía Marcos, montó a caballo.

En el rellano, el blanco pañuelo de Carmela Olivares ondeó mucho tiempo. Si bien los cinco jinetes eran ya invisibles galopando

hacia el mar, ella seguía viendo al hombre que había disipado para ella la pesadilla, convirtiéndola en felicidad aun más inefable después de haberla creído perdida para siempre.

Y como en oración musitó:

—No sé cómo, pero lo lograrás, caballero pirata, y por sevillana, quiero, que si fama diste a tu título de Pirata Negro, la misma tenga el conde de Ferblanc.

# ¡YA ESTA AQUI!...



# EL HALCON

¿Es un patriota?
¿Es un cínico?
¿Es un escéptico?

De todo tiene este misterioso personaje cuyo proceder irrita unas veces y otras conmueve

**PERO SIEMPRE APASIONA**

***Conocer a Rock Gambler, el hombre que juega su vida haciendo saltar una moneda, es conocer al aventurero más audaz y desconcertante de todos los tiempos.***

TITULOS DE LOS PRIMEROS EPISODIOS:

1 El jugador de su vida.
2 La venganza de Dan Carter.
3 La espía yanqui.
4 Murciélagos en La Florida.
5 "Muro de piedra"
6 El Bonaparte americano.
7 Pulsos de oro.
8 La conjura de los pistoleros.
9 La venus de ébano.
10 Pico de Tucán.
11 Dandy Pólvora.
12 El bloqueo de Nueva Orleans.
13 Montañas azules
14 El Cocodrilo y la Gaviota.
15 El ramo de azahar.

Precio del ejemplar, conteniendo un episodio completo, **3 pts.**

ES UNA PRODUCCION DE
EDITORIAL BRUGUERA
PROYECTO, 2 - TEL. 82981 - BARCELONA